

EL GRAN PREMIO

CLARK CARRADOS

EL GRAN PREMIO

CLARK CARRADOS

Depósito legal: B. 16.137 - 1960

Número de registro: 6.216 - 1960

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por Ed. TORAY, S. A. - Arnaldo de Oms 51-53 - Barcelona



CAPÍTULO PRIMERO

La primera noticia que tuvo el mundo de que en el espacio se planeaba algo gordo, muy gordo, provino de la serie de chispazos que estalló más arriba de la atmósfera, en la noche del 24 al 25 de agosto de 1992.

La... conflagración, o lo que fuera, pudo ser presenciada por mucha gente, toda aquélla, naturalmente, que estaba despierta a aquellas horas. Concretamente, por las personas que habitaban una faja comprendida al S. por el paralelo 25 y al N. por el paralelo 44, y entre los meridianos 121 Oeste y 23 Este.

Esta faja abarcaba, aproximadamente, todos los Estados Unidos desde la frontera de Río Grande a la canadiense, el sector correspondiente del Atlántico, el norte de África, toda la Península Ibérica, la mitad meridional de Francia, casi toda Italia, Yugoslavia y un pedacito de Bulgaria, con Albania y Grecia completas. Un buen

trozo de la Tierra, como puede verse con, en aquella época, cerca de los quinientos millones de habitantes.

Por supuesto, no todos presenciaron las explosiones. La inmensa mayoría de los habitantes de aquella faja estaban durmiendo a aquellas horas, pero aún quedaban unos cuantos millones para verlas y luego dar su correspondiente versión de los hechos.

Fueron muchos los que vieron la serie de llamaradas que surgieron en medio de la noche. El cálido verano invitaba a pasear o bien a tomar tranquilamente el fresco en las puertas de las casas y como, por otra parte, las doce de la noche, sobre todo en los países mediterráneos y en el estío, no es una hora muy tardía, es fácil suponerse la cantidad de personas que presenciaron el espectáculo.

Claro que en algunos lugares, como el límite este de la faja, es decir, hasta Grecia, era ya la hora de la amanecida, mas a pesar de todo, los madrugadores -y algunos trasnochadores retrasados también- apreciaron el raro fenómeno en toda su integridad.

La serie de explosiones duró alrededor de siete minutos, término medio. Esto significa que antes se produjeron algunas aisladas, como avanzadilla de lo que iba a suceder y que luego de la fase densa se produjeron también otras esporádicas. Pero la etapa de mayor intensidad duró eso, unos siete minutos.

Desde luego, fue un lapso de tiempo durante el cual pudo contemplarse un espectáculo de inenarrable belleza. Los fogonazos adoptaban todos los colores del espectro, con tintas bellísimas la mayoría de ellos, y se produjeron en un silencio absoluto, sin que nadie oyera ni percibiera el menor sonido.

Esto, claro, produjo muchas alarmas. Las llamadas a las redacciones de periódicos, estaciones de radio y TV y centros de defensa fueron tales que las líneas telefónicas amenazaron con quemarse. Fue preciso desconectar los teléfonos más importantes a fin de mantenerlos libres para otros fines más necesarios.

Al día siguiente los periódicos estaban llenos de noticias sobre el particular. Unos opinaban que se trataba de una aurora boreal de nueva especie, otros que eran pruebas nucleares en pleno estío y algunos dijeron que se aproximaba el fin del mundo. Lo de siempre, vamos.

La serie de estallidos provocó otra serie de notas y contranotas entre las entidades políticas más poderosas del globo: la Federación

Occidental y la Unión Oriental, cada una de las cuales acusaba a la otra de ser la autora del desaguisado pirotécnico. Lo de costumbre, claro.

También, como siempre, la «Tercera Fuerza», los que no eran ni carne ni pescado, quisieron echar su cuatro a espadas. Pero lo hicieron de una forma vaga e inconcreta y, además, como muchos países de los que componían aquella «Tercera Fuerza» tenían también su correspondiente bombita atómica, fabricada poco menos que en el patio trasero de la casa, las acusaciones se volvieron contra ella, porque, de modo inesperado, los occidentales y los orientales reviraron contra los pobres neutralistas, acusándolos de querer aprovecharse de sus dimensiones para erigirse en los amos del entonces poderoso mundo.

La cosa quedó, igualmente que de costumbre, en un montón de palabras habladas y escritas, todas las cuales fueron arrastradas por el viento del intento de suicidio de la estrella cinematográfica de turno, Iriana Lesser, y la boda principesca de tanda. En fin, que a los ocho días ya nadie se acordaba de la fiestecita de fuegos artificiales como no fueran algunos tipos empleados en los servicios ultrasecretos. Pero éstos no eran gente dada a abrir la boca en público, de modo que sus opiniones no pudieron ser conocidas por la masa que había presenciado el espectáculo y de la que se había enterado del mismo a través de los noticiarios.

El único que intuyó algo -o quizás era que poseía una fantasía desbordante, vaya usted a saber- fue un tal Donald Sherman, oscuro periodista de un periódico provinciano del Medio Oeste de los Estados Unidos. Había presenciado, como muchos, la fiestecita y como tenía a su disposición un lugar para manifestar su opinión, la dijo.

El director del «Eldon Courrier» había tenido siempre confianza en las dotes periodísticas de Donald y por eso mismo hacía ya tiempo que no intervenía en los artículos del muchacho. Esta vez le hubiera convenido hacerlo, sin embargo.

Cuando el director del más importante diario de Eldon, localidad situada a unos doscientos kilómetros al oeste de San Luis, la importante metrópoli de Missouri, leyó el periódico con el artículo de Sherman montó en cólera.

Suele decirse que cuando a uno le echan de un sitio es que «le

han dado un puntapié en las asentaderas». Esta frase ha sido motivo de innumerables chistes y es fuente inagotable de inspiración para los dibujantes humorísticos, pero en el caso del joven Sherman la cosa no fue metafórica, sino real y bien real. Lo que pasa es que Donald, como ya se ha dicho, era joven y, por tanto, poseía agilidad. Esquivó la patada, salió del despacho de su director, pasó por caja para recibir su liquidación y así terminó su carrera como periodista.

Donald, sin embargo, no era hombre que se dejase amilanar por las contrariedades. Sostenía la inveterada filosofía del que espera siempre que se le abra una puerta cuando se le ha cerrado otra, valga tanto como decir que «Dios aprieta, pero no ahoga». Por otra parte, a sus veintisiete años, podía permitirse el lujo de hacer lo que le diera la gana, máxime no teniendo familia que dependiera económicamente de él. Sólo le quedaba una vieja tía en Chicago, con bastante dinero por cierto, pero lo había tenido que dejar por imposible y no se hablaba con él.

De modo que, mientras pensaba lo que haría en lo sucesivo, Donald adoptó una resolución. Tomó su viejo «Willys 1976» -una verdadera antigualla- lo cargó con provisiones suficientes para un mes, los adminículos necesarios para la pesca, unos cuantos kilos de cuartillas y una máquina de escribir y se marchó de Eldon.

No pensaba emigrar a ninguna parte sino, sencillamente, tomarse unas vacaciones durante las cuales pensaba limpiar sus pulmones de la ciudad y sus venas de la tinta de imprenta. Además pescaría, y, en los ratos de ocio, esbozaría el borrador de una novela que tenía metida entre ceja y ceja desde hacía ya bastante tiempo y que, por una causa u otra, no había podido empezar.

Una de sus herencias familiares había sido una vieja cabaña de pesca situada en la orilla del lago Ozarks, al borde de la meseta Ozarks. El lago está formado por las aguas embalsadas por la presa Bagnell, en el río Osage, y es un lugar maravilloso para pescar, descansar y, en fin, hacer todo lo que Donald deseaba hacer en el mes que pensaba tirarse de vacaciones.

En cuanto llegó a la cabaña empezó la descarga de las cosas. Luego hizo limpieza, se preparó la cena y a las nueve de la noche estaba ya durmiendo como un bendito.

Se levantó con el sol, desayunó, arregló la cabaña, preparó los

cebos y se fue a pescar. Regresó a media tarde, frió un par de truchas de las que había pescado, guardó las restantes en la congeladora y después, con una cafetera a mano, se puso a escribir hasta las diez de la noche. Luego se acostó.

Así hizo durante cerca de tres semanas. Su aspecto mejoró, el rostro se le atezó, tuvo que aflojarse un par de puntos el cinturón del pantalón y, cosa importante, su novela hizo excelentes progresos.

Al atardecer del día decimonoveno de su estancia a la orilla del lago empezaron a ocurrir cosas.

Donald regresaba a la cabaña, con un buen manojo de truchas en la mano, muestra indudable de su habilidad piscatoria, cuando, de pronto, descubrió en la explanada situada junto a la misma la silueta inconfundible de un helicóptero.

Frunció el ceño. La presencia de extraños no le resultaba agradable en aquellos momentos.

—Si es el director del periódico —mascullό— me va a oír. Y, por supuesto, aceptar el puntapié de vuelta.

Pero no era el irascible director del «Courrier», sino otra persona la que, sentada en una cómoda hamaca en el porche de la cabaña, se puso en pie al verle salir de la espesura.

El ojo experimentado de Donald captó al instante los reflejos metálicos de la masa de cabellos dorados de la muchacha. Ésta le devolvió la mirada con aire crítico.

Donald continuó su examen. La joven tenía los ojos grises y rasgados, la boca de trazo firme, pero agradable; la garganta larga y esbelta, el seno opulento, el talle estrecho, las caderas rotundas y las piernas largas y bien torneadas. La piel era muy blanca y pálida.

—Un dechado de perfecciones —se dijo para sus adentros, pero sin mostrar una excesiva felicidad al ver interrumpida su soledad, pese a la indudable hermosura de la desconocida.

Al trepar los escalones de la pequeña veranda se miraron frente a frente. La rubia vestía blusa azul claro y falda corta, por encima de las rodillas, calzándose con unos zapatos de incongruente tacón alto. En suma, un cromo de veinticinco años, según el pensamiento de Donald.

—El señor Sherman, según supongo —dijo la muchacha—. Me llamo Dorothy Stuyvesh.

—Encantado —dijo él gravemente—. Nuestras iniciales coinciden, ¿verdad?

—Sí. Pero no he venido a hablarle de coincidencia de siglas, señor Sherman. —Dorothy tenía un bolso pendiente del hombro por una correa y lo abrió, extrayendo una tarjeta oblonga que le puso bajo las narices—. Éstas son mis credenciales, señor Sherman.

Donald leyó la tarjeta. Luego la miró a ella y su rostro se hizo impenetrable.

—¿Quiere pasar al interior, señorita Stuyvesh?

—Gracias —dijo ella secamente, haciendo lo que le decían.

Una vez dentro, Donald empezó a despojarse de todos sus atavíos de pesca. Acto seguido, encendió la cocinilla, y mientras lo hacía, dijo:

—Si le parece, podemos hablar mientras preparo la cena, señorita Stuyvesh. Supongo que no me rechazará un plato de truchas fritas, a menos que... —se volvió para mirarla con ojo crítico—... a menos que tema por su línea.

—Mi línea me tiene sin cuidado en absoluto —contestó ella en el mismo tono en que había hablado desde un principio—. Es usted el que me preocupa, señor Sherman.

El joven se echó a reír.

—No sé cómo mi humilde persona ha podido llegar a interesar a los finos -y bellos- sabuesos del Servicio de Inteligencia del Espacio. ¿Acaso he violado alguna norma sobre el tráfico espacial? Por ahora no es muy frecuente que se sepa. La primera expedición a Marte está en trance de regreso y apenas si hacen veinticuatro viajes -dos por mes- a la Luna. Hace años que no me muevo de Eldon y...

—Usted escribió un artículo en el «Eldon Courrier» —dijo ella. Volvió a abrir el bolso y extrajo un recorte de periódico—. ¿Lo reconoce usted? —preguntó.

La grasa ya hervía en la sartén. Donald cubrió con harina un par de truchas y las arrojó en la misma. Luego miró por encima del hombro.

—Sí. «Me dimitieron» por haberlo escrito, si es eso lo que anda buscando.

—¿Por qué lo escribió?

—Oiga —protestó Donald—, ustedes los de la Inteligencia son muy suspicaces. ¿Es que piensan que yo tengo relación con esos

seres extraterrestres?

—Hemos examinado todos los artículos y comentarios publicados, radiados y televisados sobre los sucesos del 24 al 25 de agosto. Usted es el único periodista que se ha aventurado a sostener la teoría de que aquellas explosiones eran originadas por alguien no nacido en nuestro planeta. ¿Por qué?

Donald retiró las truchas de la sartén, poniéndolas en un plato y llevándolas a la mesa, que había preparado mientras tanto. Sirvió una a la muchacha y se sirvió él la otra.

—No la deje enfriar —advirtió—. Perdería toda la gracia. —Empezó a comer—. ¿De qué estábamos hablando, señorita Stuyvesh?

—De usted, de su artículo y de las razones que le impulsaron a escribirlo.

—¡Mmmmm…! Está riquísima… Oiga, lo menos que podía hacer es elogiar mi doble arte de pescador y cocinero. ¿Es que no le gustan las truchas fritas?

—Me encantan —dijo ella inexpresivamente—. Pero ahora estoy interesada en su respuesta, señor Sherman.

—Pues bien, se lo diré. Fue simplemente el empleo sensato del cerebro para algo más que para pasto de aspirinas y sucedáneos. La cosa duró, como sabe, unos siete minutos. Durante ese tiempo pareció que las estrellas estallaban. A ojo, calculo que fueron más de mil las explosiones que se produjeron. Dígame ahora qué nación puede hacer semejante derroche de cohetes con explosivo nuclear, a menos que se meta en una guerra, cosa que por ahora no va a suceder.

—Pudieron arrojar esos cohetes al espacio —adujo ella—. Ensayos o bien pruebas.

Donald se echó a reír.

—Mire, señorita Stuyvesh. He tenido la suerte de presenciar una o dos pruebas de esa índole y le aseguro que los fogonazos no son, con mucho, tan intensos como los que vimos. ¡Caramba! Si hubo ocasiones en que podía leerse el periódico como si fuese de día. ¿Cree usted que hay cohete terrestre que produzca tal cantidad de luz, a menos que estalle dentro de los límites de la estratosfera?

Ella no contestó. Continuaba comiendo, pero sin perderse una sílaba de las manifestaciones del joven.

—Por eso opiné como opiné y por eso me largaron del periódico. El muy imbécil del director no supo ver la parte de realidad que hay en todo lo que escribí.

—¿Lo presintió usted… o se lo dijo alguien?

—No. Ya le he dicho la forma en que llegué a tal conclusión. Alguien que no es de la Tierra fue el que organizó todo el jaleo. Ahora es a ustedes a quienes compete aclarar el resto. ¿Frío más truchas?

—Gracias —dijo Dorothy, retirando su plato—. Estaba riquísima la que he comido. Opino, sin embargo, que su hospitalidad quedaría completa con una taza de café.

—El agua estará ya hirviendo —dijo él, levantándose. Se llevó los platos, dejándolos en el fregadero—. Un día u otro tenía que llegar, señorita Stuyvesh.

—¿Llegar qué, señor Sherman?

—Oh, pues las visitas de hombres nacidos en otros planetas.

—¿Está seguro de que serán hombres?

—O mujeres, vaya a saber.

—No me ha entendido —objetó Dorothy—. Me refería a la figura física.

Donald se encogió de hombros.

—Eso me tiene sin cuidado. Yo no mido a las personas por el color de su piel o por la forma de sus narices, sino por los sentimientos humanos que poseen. Digamos, bien, que esos individuos que provocaron las explosiones son seres con inteligencia y olvidemos su forma, si es que tienen alguna, claro está.

—De modo que usted opina que son seres con inteligencia.

—Hombre, claro, no iban a producirse solas las explosiones.

—¿Y usted no ha tenido antes relación con ninguno de ellos?

Donald se acercó a la mesa con la cafetera en una mano y las tazas en la otra.

—¿Por quién me ha tomado, señorita Stuyvesh? Tenía un espacio para emitir mi opinión, esto es todo.

Ella levantó su taza humeante hasta la altura de sus ojos y le contempló fijamente durante unos segundos.

—Lo malo es —dijo con lentitud— que su opinión coincide con la nuestra.

Si Dorothy esperaba que Donald se sorprendiera, se llevó un

buen chasco.

—¡Vaya! —exclamó el joven muy regocijado—. Ya era hora de que alguien creyera en mí y no pensara que lo que dije era producto de un ataque de esquizofrenia. Estuve dos días en Eldon preparando los trastos para venir aquí. Pues bien, no quiera saber la de cartas insultantes que llegaron al periódico, poniéndome de vuelta y media.

—Usted, sabiéndolo o no, dijo la verdad, Donald, digo —se corrigió ella rápidamente—, señor Sherman.

—Puede llamarme así, no se preocupe —contestó él con voluble acento—. Me siento mejor, ¿sabe… Dorothy?

Ella sonrió por primera vez en todo el tiempo.

—Los amigos me llaman Dotty —manifestó.

—Encantado. ¿Más café?

Ella denegó con la cabeza. Se puso en pie, colgándose el bolso del hombro.

—¿Cómo? ¿Ya se va?

—Todavía no, Donald.

Dorothy sacó cigarrillos. Fumaron los dos en tanto salían a la pequeña veranda.

Donald apagó las luces de la cabaña. Entonces, el firmamento estrellado se reveló ante los ojos de la pareja con todo su esplendor.

—Mire —dijo ella—, ahí están los Gemelos: Castor y Pólux. Vea también Sirio… Aldebarán… Antares, que significa Más Roja que Marte; Vega de Capella, Deneb… ¿De qué lejana estrella habrán venido esos seres?

—A menos que hayan descubierto algún medio ultrarrápido de viajar, han tenido que permanecer mucho tiempo en el espacio. ¿Cómo están seguros ustedes —inquirió Donald— de que esos seres que provocaron los fogonazos no son de la Tierra?

Ella se volvió y le miró con aire grave.

—Nuestras estaciones detectoras del espacio registraron la presencia de naves extrañas, que en modo alguno podían confundirse con las que sirven la espaciolínea Tierra-Luna y viceversa. Poco después se produjeron las explosiones.

—¿Eran muchas las naves?

—No se sabe. Los radaristas manifestaron que la detección resultó sumamente difícil e imprecisa. Daba la sensación de que

esas naves trataban de no ser advertidas.

—El secreto ha sido bien mantenido, desde luego —dijo él.

—Usted debe hacer lo propio también, Donald —exclamó la muchacha—. Bajo ningún pretexto debe repetir lo que hemos hablado esta noche.

Donald intuyó que la cosa era mucho más grave que lo que parecía.

—Esto... —vaciló—, ya sé que acaso pueda parecer cosa de fantasía, pero ¿es que se teme un ataque proveniente del exterior?

—Nadie puede prever lo que va a suceder —repuso Dorothy—. Lo único que estamos tratando de hacer es tomar precauciones. Por eso vine a verle a usted.

—De lo cual me alegro infinito, Dotty. ¿Vive usted en Eldon? Nunca la había visto hasta ahora.

—No se preocupe por mi domicilio —contestó ella. Arrojó el cigarrillo al suelo y lo aplastó con el zapato. Luego le tendió la mano—. Adiós, Donald; me alegro mucho de haberle conocido.

Donald retuvo la mano de la muchacha.

—¿Puedo preguntarle si volveré a verla algún día?

La muchacha titubeó ligeramente. Luego quiso hablar, pero no pudo.

Una repentina claridad iluminó la cabaña y sus alrededores.

Fue un fogonazo silencioso, sin el menor ruido, que dejó a la pareja completamente paralizada, sin que ninguno de los dos supiese reaccionar.

CAPÍTULO II

D

onald y Dorothy volvieron los rostros a una hacia la fuente productora de aquella luz.

Era muy brillante, pero no cegaba. Además -y de eso pudo darse cuenta el joven- la iluminación quedaba circunscrita únicamente a la cabaña, sin que fuera de sus bordes se apreciase la zona difusa corriente en cualquier luz terrestre. El resplandor cubría un círculo de unos veinte metros de radio, en cuyo exterior continuaba

reinando la noche absoluta.

Donald estaba intranquilo.

El foco productor de luz se aproximó más todavía.

No podían ver nada, salvo un redondo disco blanco de donde procedían los rayos luminosos.

—Esto me ha cogido a mí sin más armas que una caña de pescar —dijo Donald entre dientes.

Dorothy se le acercó, quedando hombro contra hombro. El foco continuaba perdiendo altura.

De pronto, la intensidad de la luz se rebajó notablemente. Hubo una ligera oscilación y luego se quedó quieta, a unos cinco metros de distancia de la cabaña.

Una voz salió de detrás del proyector, que ahora no alumbraba hacia abajo sino en sentido horizontal, cubriendo la fachada de la cabaña y el espacio frontero.

—No teman, nadie pretende hacerles el menor daño.

La voz era suave, persuasiva, y hablaba en un inglés correctísimo.

Donald dio un paso hacia adelante, pero Dorothy le retuvo por un brazo.

—¡Quieto! —siseó.

Súbitamente, una figura apareció ante el foco. Permaneció unos momentos inmóvil y luego echó a andar hacia la cabaña.

Al llegar al pie de la veranda se detuvo. Entonces Donald y la muchacha pudieron examinar a su sabor al recién llegado.

Por las líneas de su cuerpo parecía pertenecer al sexo masculino; sin embargo su rostro casi parecía femenino y lo hubiese parecido del todo de haber llevado los cabellos más largos. Vestía un ropaje de una sola pieza muy brillante, sujeto a la cintura por una ancha tira de color oscuro, adosada a la cual se veían unos extraños adminículos cuya utilidad no supieron comprender exactamente los dos jóvenes.

—Me llamo Verdim —dijo el desconocido—. ¿Es el señor Donald Sherman al que tengo el honor de hablar?

—El mismo —contestó el joven—. El mismo, señor… Verdim. —Sonrió—. No sabía que mi nombre fuese tan popular fuera de los límites de nuestro sistema planetario.

—Su nombre, señor Sherman, es ahora grandemente conocido

en nuestro conjunto de gobiernos —dijo Verdim con gravedad—. El artículo que usted publicó en el «Eldon Courrier» ha sido reproducido hasta la saciedad por nuestros medios de difusión, un poco diferentes de los suyos, por supuesto.

Después de lo sucedido, Donald no creyó ni por un momento hallarse ante un chiflado que representaba un papel de venusino o cosa por el estilo, sino ante un auténtico individuo perteneciente a otro sistema solar.

Donald exclamó:

—Gracias por sus palabras, señor Verdim. Me siento muy honrado al escuchar tales elogios, desde luego inmerecidos. Y ahora, si no tiene inconveniente, ¿podría decirme de qué mundo viene usted?

Verdim levantó una mano.

—Más adelante —respondió. Luego miró a la joven—. Creí encontrarle a usted solo aquí —manifestó.

—Es la señorita Dorothy Stuyvesh —se apresuró a contestar Donald—. Pasaba… por aquí y se quedó a cenar conmigo. Somos muy amigos, ¿sabe?

En su interior, Dorothy agradeció las excusas de Donald. Verdim se inclinó.

—Muy honrado en conocerla, señorita Stuyvesh —dijo. Se enfrentó con Donald—: Señor Sherman, necesitaría hablar con usted unos momentos.

Donald se echó a un lado.

—Pues pase usted, amigo mío —dijo—. Así como así, yo también estoy ardiendo en deseos de conversar con un hombre que no ha nacido en este planeta. Seguramente tendrá muchas cosas que contarnos, ¿verdad? —terminó, mirando significativamente a la muchacha.

Verdim vaciló.

—¿Se queda la señorita Stuyvesh? —inquirió el desconocido.

—Ya le he dicho antes que es muy amiga mía, y por ello goza de toda mi confianza. Si tiene algo reservado que decirme, señor Verdim, puede hacerlo con la seguridad absoluta de que, pese a la fama que en ese sentido gozan las mujeres en nuestro planeta, la señorita Stuyvesh no repetirá una sola de las palabras que usted pronuncie… a menos que lo desee expresamente.

—Bien, quizá sea mejor así —y franqueó el umbral.

Donald miró a la muchacha. Ésta, en voz apenas audible, dijo:

—Muchas gracias por su gesto, Donald; lo tendré en cuenta a la hora de rendir mi informe.

—OK —repuso él en el mismo tono—. Pero no te olvides de tutearme o lo echaremos todo a perder.

—Conforme —repuso la muchacha, penetrando en la cabaña, cuyo interior estaba brillantemente iluminado por la luz del reflector externo.

—¿No teme que ese resplandor sea visto desde algún sitio, señor Verdim? —preguntó el joven.

—No, no hay cuidado —contestó el aludido, mirando en torno a él.

Luego se sentó. Donald y Dorothy hicieron lo propio, aguardando expectantes las palabras del recién llegado.

Verdim comenzó a hablar unos segundos más tarde.

—De todas las personas que han comentado públicamente lo sucedido hace cerca de un mes, solamente usted, señor Sherman, ha sido capaz de adivinar la realidad de lo ocurrido. Nos ha costado mucho dar con usted, pero al fin lo hemos hallado.

Donald anotó mentalmente el pronombre «nos». ¿Cuántos eran?

—Es cierto —siguió Verdim—. Las explosiones que todos ustedes vieron fueron provocadas en el espacio exterior. Y sus suposiciones, señor Sherman, de que se trataba de una colosal batalla, entre dos flotas de astronaves enemigas también fueron correctas. En realidad, peleábamos los nativos del sistema solar de Sirio contra los de Procyon.

«La constelación del Can Mayor contra la del Can Menor», anotó mentalmente el joven.

—Usted no ignora —continuó el recién llegado— que Sirio dista de su Sol casi nueve años luz, en tanto que Procyon dista, once. Bien, actualmente -y esto es desagradable tener que confesarlo- existe un estado de guerra entre ambos sistemas.

—Una guerra interestelar —exclamó Donald, sintiendo escalofríos. Dorothy no hablaba, se limitaba a escuchar atentamente.

—Su calificación de los hechos es ajustada a la realidad, señor Sherman —contestó Verdim—. Es cierto que resulta desagradable

tener que intervenir en una guerra interestelar –lo digo por mí, naturalmente- pero aun resulta más desagradable que esa guerra haya sido provocada por ustedes mismos.

Donald saltó en su asiento.

—¿Eh? ¿Qué dice usted? —barbotó—. ¿De dónde vamos a provocar nosotros un conflicto semejante, cuando apenas estamos en la infancia de los viajes por el espacio?

Verdim sonrió benignamente.

—No se sulfure usted, amigo Sherman —dijo—. No son ustedes, estrictamente hablando, los causantes de la guerra, sino la privilegiada posición de su planeta y su sistema solar, todo hay que decirlo, en el cielo. En una palabra, que los necesitaremos a ustedes.

Donald apretó los labios.

—En suma, una guerra de conquista.

—Oh, no, por el amor de Dios —se horrorizó Verdim—. Nosotros los sirianos no pretendemos conquistarles a ustedes en absoluto, sino únicamente protegerles de las tiránicas apetencias de los procynianos. ¿Por qué se cree que se produjeron hace unas noches aquellas explosiones? Sencillamente, había una flota de Procyon sobre su planeta, esperando el momento propicio para atacar. Entonces, nosotros los sirianos, caímos sobre aquellas naves y las destruimos totalmente, a excepción de tres o cuatro que pudieron escapar de mala manera.

El rostro de Verdim se ensombreció.

—Naturalmente, esto no se produjo sin bajas por nuestra parte. Un buen número de nuestras naves resultó destruida en la batalla. Pero —el siriano levantó la voz— todo lo damos por bien empleado con tal de mantener la paz en el cielo. Procyon no debe conquistar la Tierra jamás —concluyó Verdim con dramático acento.

Donald se rascó la cabeza con aire perplejo. Luego miró a la muchacha, cuyo rostro había permanecido impasible durante todo el tiempo.

Dorothy no dijo nada que pudiera ayudarle; permaneció silenciosa. Entonces él se atrevió a contestar:

—Mire, señor Verdim, todo eso está muy bien, y yo, como terrestre, le agradezco sinceramente sus manifestaciones de paz y amistad. No comprendo cómo se las han apañado para llegar hasta la Tierra desde una distancia de más de ochenta billones de

kilómetros, pero una cosa hay indudable: yo no soy el hombre a quien buscan.

Una expresión de desencanto se pintó en el rostro del siriano.

—Creí que usted nos ayudaría, señor Sherman.

—No sé qué le ha hecho suponer tal cosa —refunfuñó el joven —. Además, ¿qué diablos puedo hacer yo a favor de ustedes? Sólo soy un pobre particular, sin oficio ni beneficio y...

Verdim levantó la mano.

—Usted fue el único que intuyó la verdad de las cosas, señor Sherman —expresó—. Fue el único que dijo que las explosiones ocurridas en el espacio exterior se debían a naves extraterrestres; más aún, eran resultado de una batalla entablada entre dos bandos litigantes. Por eso le hemos elegido, porque, de haber buscado a cualquier otro terrestre, no nos hubiese creído jamás. Nos ha costado algún trabajo dar con usted... y ahora que le hemos hallado, ¿va a abandonarnos?

—Hombre, yo... —dijo el joven, impresionado por la expresión de desilusión que había aparecido en las facciones de Verdim—. Bueno, dígame qué he de hacer. Mientras no lo sepa, es tontería afirmar o denegar.

El rostro del siriano se animó.

—Eso ya está mejor, señor Sherman. En realidad, lo único que deseamos de usted es que actúe como embajador nuestro ante las autoridades de su país, que les relate nuestros propósitos y que recabe la ayuda terrestre que necesitamos para expulsar a los procynianos de los límites del sistema solar. Deseamos fervientemente que la Tierra se mantenga libre de toda opresión, que conozca nuestros adelantos, que sus habitantes se relacionen con nosotros y viceversa, establecer, en fin, una unión política, económica y cultural pacífica y duradera. Ustedes tienen muchas cosas buenas; nosotros también. Podemos complementarnos mutuamente y vivir en paz y felicidad en esta región del firmamento celeste.

—De modo que son ésos sus propósitos —murmuró Donald.

—Así es, señor Sherman —asintió Verdim.

—Y los otros, ¿qué es lo que pretenden?

—Ya se lo he dicho: dominarles y esclavizarles a ustedes, haciendo de la Tierra un planeta tributario de su sistema de

gobierno, sometiéndoles a un control minucioso e implacable, convirtiéndoles, en fin, en un «subpueblo» cuyas condiciones de vida serían notablemente inferiores a las del más inferior de los súbditos procynianos.

—Eso no me hace ni pizca de gracia —masculló el joven—. Ahora bien, hay una cosa que no acabo de comprender.

—Dígame, quizá pueda aclarársela —contestó Verdim cortésmente.

—Verá —murmuró Donald—, de ser cierto lo que usted acaba de manifestar, resulta que dos poderosos gobiernos estelares se hallan empeñados en una terrible lucha por un minúsculo e insignificante planeta, cuyos habitantes apenas si pasan de los tres mil quinientos millones. ¿No cree usted, señor Verdim, que es lícito suponer que todo lo que usted nos ha dicho no es más que un fútil pretexto, de unos y otros, para satisfacer Dios sabe qué inconfesables apetencias?

Verdim pareció ofenderse.

—Los sirianos amamos la paz por encima de todo —dijo.

—No lo dudo —repuso el joven—. Sin embargo, continúo con mis trece. ¿Qué beneficio puede reportar, para sirianos y procynianos, la posesión de un planeta como el nuestro? ¿Acaso andan ustedes, o los procynianos, cortos de espacio?

—En absoluto. Pero en lo que a nosotros respecta, su expresión no es del todo correcta, valga el eufemismo, señor Sherman. Nosotros no aspiramos a la «posesión» de la Tierra, sino a su «protección» contra las acechanzas de Procyon, lo cual es muy diferente. Una vez derrotados nuestros enemigos, esa protección quedaría retirada y sustituida por un tratado de paz y amistad, de igual a igual, sin ventajas sobresalientes para una u otra parte contratante, a no ser las que se derivasen del mismo tratado.

Donald se frotó la mandíbula. Miró unos segundos a la muchacha, pero ella se mantenía silenciosa, hierática.

—Bien —contestó al cabo—. En principio no tengo inconveniente en aceptar esa embajada. Pero si voy con el cuento al gobierno de mi país, ¿qué pruebas presentaré de que lo que usted alega es verdad? No basta con decir: «Oiga usted, yo soy el embajador terrestre del gobierno de Sirio y…». Diablos, me encerrarían en un manicomio apenas hubiese abierto la boca.

Verdim sonrió.

—Estaba preparado para la pregunta, señor Sherman. Tome usted.

Manipuló unos instantes en su cinturón y extrajo de él, al cabo de unos segundos, un tubo de unos dos centímetros de grueso por doce o trece de longitud, terminado en una especie de cajita oblonga, de tres centímetros de grueso por cinco o seis de longitud.

—¿Qué es esto? —inquirió el joven, estupefacto.

—Será mejor que venga conmigo y vea sus efectos —dijo Verdim—. Acompáñeme.

Los tres jóvenes salieron fuera de la cabaña. Vieron a Verdim manipular en cierto sector de su cinturón y al instante la luz giró hacia un costado, alumbrando por completo un trozo del bosque colindante. Los pinos y los abetos que bordeaban el lago resaltaron claramente bajo el fulgor del proyector.

—Vea usted —dijo Verdim.

Tendió ligeramente el brazo que sostenía el tubito y –así se lo pareció a Donald- efectuó una ligera presión con el pulgar sobre la cajita en que concluía el tubo.

No se oyó ningún ruido ni tampoco se percibió ninguna luz, pero una larga faja del bosque desapareció como si jamás hubiera existido, en un sector de cinco o seis metros de anchura por veinte o más de largo.

Donald quedó boquiabierto al presenciar los terribles efectos de aquella, al parecer, insignificante arma.

Verdim sonrió satisfecho, al mismo tiempo que se la entregaba y le daba las instrucciones necesarias para su uso.

—Si ponen en duda sus palabras, hágales una demostración práctica —dijo—. Esto les convencerá mejor que cualquier cosa.

Todavía estupefacto, Donald miró a Verdim.

—¡Dios mío! —Tragó saliva—. ¿Qué... qué arma tan terrible es ésta?

Los labios de Verdim se curvaron en una sonrisa de benigna superioridad.

—No la más potente que tenemos los sirianos —contestó con estudiada negligencia.

—¡Cielos! —exclamó Donald—. No... es la más potente. ¿Qué serán, pues, las otras armas?

—Algo de lo cual no ha oído usted hablar tan siquiera —repuso Verdim—. Y ahora, ¿acepta ser nuestro embajador?

El joven reaccionó vivamente.

—Oh, sí, claro, por supuesto. Trataré de llegar hasta los altos dignatarios de la Federación Occidental. Precisamente ahora, en estos días, se han reunido en consejo, opino que debido a esas explosiones...

—Su suposición es correcta, señor Sherman. Bien, y una vez que ya ha aceptado ser embajador de Sirio, me permitirá retirarme.

—Un momento —exclamó el joven—. ¿Cómo podré ponerme en contacto con ustedes?

La mano de Verdim señaló hacia el arma que sostenía el joven.

—Mientras lleve eso encima, podremos localizarle en cualquier momento. Por otra parte, estaremos enterados de sus intervenciones gracias a... —el siriano sonrió ampliamente—. Ustedes publican todo y hablan de todo a grito pelado. No guardan ningún secreto, ésa es la verdad.

Donald suspiró.

—Sí —dijo—. Si logro llegar hasta el Capitolio, los periódicos hablarán de mí.

Verdim emprendió el camino hacia el foco de luz, desapareciendo tras el mismo. Un instante después, el reflector emprendía el ascenso. Su mismo resplandor, ahora mucho más aumentado, les cegó, impidiéndoles ver la clase de nave que ocupaba aquel extraño individuo.

Donald se volvió hacia la muchacha.

—¿Y bien, Dorothy? —inquirió—. ¿Qué opina usted de esta peregrina historia?

Pareció como si una prisa frenética hubiese acometido de pronto a la muchacha.

—Dispénseme, Donald —dijo—. Tengo mucho que hacer.

—¡Eh! ¿Adónde va usted?

Pero ella no le contestó; corría ya hacia su helicóptero, parado a corta distancia de la cabaña. Saltó a la cabina, puso en funcionamiento los mandos y desapareció en la negrura de la noche antes de que el joven pudiera hacer nada para detenerla.

Meneando la cabeza y examinando con escepticismo el tubito, Donald regresó a la cabaña, con la cabeza llena de mil

contradictorios pensamientos.

CAPÍTULO III

S

e despertó a la mañana siguiente, bien entrado el día, cuando un rayo de sol le dio en los ojos. Se sentó en el lecho, frotándose los párpados, en tanto procuraba agilizar su todavía embotado cerebro.

Por unos momentos estuvo pensando en que algo extraño le había sucedido el día anterior. Luego, de repente, el recuerdo de los acontecimientos invadió su mente con el fulgor de un relámpago.

¡Dotty! ¡Verdim! ¡Sirio! ¡Procyon!

¿Había sido todo verdad o se trataba de un sueño?

Su vista se dirigió instintivamente hacia la mesa situada en la cabaña. El bastoncillo que le entregara Verdim estaba todavía allí.

Se levantó de un salto, corriendo hacia la mesa y tomando el artefacto en las manos con reverente cuidado. Examinó la extraña empuñadura, en la cual se veían los aparatos de control, y luego volvió a dejar el arma sobre la mesa.

Pensó en todo lo que había hablado con Dotty, la bella agente del SIE, y luego con Verdim, el enigmático enviado de Sirio. ¿Era cierto que se había entablado ya una feroz guerra interestelar con la Tierra como Gran Premio? Aquello resultaba absurdo, fantástico, pero no por ello dejaba de carecer de verosimilitud. Especialmente, si pensaba en los devastadores efectos del tubito que tenía allí, sobre la mesa, al alcance de su mano.

Desayunó, hondamente preocupado por todo aquello. Después de asear la cabaña de un modo mecánico u ausente, salió fuera.

Respingó al ver la brecha que el tubito había causado en el bosque. Sin poder contenerse, avanzó hacia el lugar de la catástrofe.

Examinó con infinita atención los bordes del nuevo claro... Los pinos, abetos y arbustos que crecían allí habían desaparecido. No quemados y abrasados por la acción de una llama invisible y devoradora, sino, simplemente desaparecidos. No parecía que hubiesen existido jamás.

Miró el suelo. Éste se veía liso como la palma de la mano, sin la

menor señal de hierba en todo el trozo alcanzado por la descarga del tubito. Salvo que no se veía indicio alguno de vida vegetal en el mismo, su aspecto era completamente normal.

Se rascó la cabeza, completamente estupefacto. Inadvertidamente, empezó a hablar consigo mismo.

—Embajador de Sirio, yo —resopló—. ¿Y cómo diablos voy a arreglármelas para llegar hasta el presidente? ¿Suprimiendo secretarios, subsecretarios y ministros con el dichoso tubito?

Empezó a pasear. Casi sin darse cuenta, se encontró en las orillas del lago.

La anchura del lago era allí de unos doce kilómetros, en tanto que su longitud parecía no tener fin, ya que se perdía de vista en ambos sentidos, a derecha e izquierda. A este respecto, la cabaña del joven no podía estar mejor situada, en lo que a soledad se refería.

—Me tomarán por un chiflado, a pesar de todo —masculló—. Me confiscarán el tubito, luego me exprimirán el cerebro y, finalmente, me encerrarán entre cuatro paredes para siempre. No, decididamente, no —dijo en voz bien alta. Levantó la mano.

—¡Que se vaya al diablo este infernal artefacto! No sé en qué consiste su perverso poder de destrucción, pero mientras yo pueda, no pasará a manos humanas.

Pero antes de lanzarlo al agua, sintió curiosidad por ver su funcionamiento en sus propias manos.

Lo manejó tal como le había enseñado Verdim. Apuntó a un lugar de la superficie del líquido, situado a pocos metros de la orilla, y luego su pulgar oprimió el botón de contacto.

Abrió los ojos, estupefacto. Un enorme hueco se había abierto en el lago. Las aguas de aquel sector habían desaparecido instantáneamente, como si no hubiesen existido nunca, en una zona de diez metros de ancho, por más del triple de longitud y una profundidad similar.

—¡Y eso que disparé con baja tensión! —exclamó.

El hueco permaneció durante unos segundos. Luego, de repente, los muros del mismo cedieron y las aguas del lago se precipitaron en tumultuoso remolino para rellenar aquel espacio vacío. Se produjo una gran agitación durante unos segundos y luego todo volvió a la normalidad.

—¡Dios mío! —exclamó, asustado del inmenso poder que tenía en la mano—. No, no lo usaré más… —y afianzándose en el suelo, se dispuso a arrojar el tubo al agua.

Pero tampoco pudo hacerlo aquella vez. Algo se lo impidió.

Al echar el brazo hacia atrás, hubo de levantar ligeramente la cabeza. Entonces percibió un fenómeno extraño en la atmósfera.

Fue como si se produjese un remolino en el aire, apenas perceptible, lo mismo que cuando aprieta el calor en el desierto y el suelo reverbera, los objetos lejanos aparecen deformados por la refracción del medio visual.

El remolino aumentó de tamaño rápidamente. Era preciso tener la vista fija en él para advertirlo y si Donald se había apercibido era por casualidad.

Parecía como si se tratara de una burbuja de aire, con agua moviéndose en su interior, sin que ello afectase apenas su transparencia.

La burbuja o el remolino, como quiera llamársele, continuó descendiendo en dirección al joven. Donald retrocedió unos pasos, no muy amedrentado aunque sí desconcertado por aquel inesperado e incomprensible fenómeno.

Finalmente, la burbuja se detuvo en el suelo, a pocos metros de la orilla del lago. Los remolinos de aire o gas o lo que fuese, que se agitaban en su interior, fueron disipándose y convirtiéndose en algo sólido y concreto, que tomó forma definida en cuestión de segundos, ante los estupefactos ojos de Donald.

El resto de los remolinos terminó por disiparse y entonces apareció un vehículo.

—¡Demonio! ¡Un plato volador! —barbotó Donald.

Por la forma lo parecía, aunque mucho más pequeño que lo que debiera haber sido, de acuerdo con los dibujos y descripciones convencionales. Sin embargo, la parte destinada a los tripulantes era muy grande comparada con el resto del vehículo y podía decirse que ocupaba bien sus tres cuartas partes.

Era una cúpula transparente, de forma ovalada, que fue echada a un lado desde adentro. Entonces, dos hombres saltaron al suelo, encaminándose hacia el joven.

Donald apretó el tubo, dispuesto a defenderse con él, si era preciso. Pero los desconocidos no parecían, al menos por el

momento, traer intenciones ofensivas.

El joven se dio cuenta de que aun quedaban dos individuos más en el vehículo. «Voy a tener que convertir esto en un aparcamiento para espacionaves», pensó. «Tal como se está poniendo el tráfico interestelar estos últimos días, no dejaría de ser un buen negocio».

Esperó.

Los desconocidos se aproximaron. Eran jóvenes y de buena presencia y vestían, más o menos, como Verdim.

—Yo soy Shelett —dijo uno de ellos—. Mi compañero es Timor. ¿Cómo está, señor Sherman?

—En los últimos tiempos, un poco orgulloso de ver que mi nombre se ha extendido por el espacio hasta más allá de los límites del sistema solar —manifestó el joven.

Shelett movió la cabeza afirmativamente.

—Es cierto, señor Sherman. Su artículo fue leído por las autoridades competentes en Danamya, y crea usted que causó verdadera sensación entre los miembros de nuestro gobierno.

—Aquí, en cambio, no causó ninguna, excepto en mi bolsillo, pues me expulsaron del periódico. De modo que Danamya es la capital de Sirio, ¿eh?

—No, señor, de Procyon.

Donald se puso instantáneamente en guardia. La sonrisa se borró de su rostro.

—Así que son procynianos.

—Efectivamente —contestó Shelett—. Hemos sabido que le ha visitado un emisario de Sirio y se nos ha ordenado venir a visitarle.

—¿Puedo saber cuáles son los fines que buscan? Es cierto; me visitó un tal Verdim, de Sirio, según dijo. Pero lo que me dijo acerca de ustedes no puede ser reproducido sin sentir sonrojo.

Shelett lanzó un suspiro. Se volvió hacia su compañero.

—La misma historia de siempre —dijo—. Esos sirianos van difamándonos por todas partes. No perdonan medio alguno para desacreditarnos. Usted, ¿qué opina, señor Sherman? —preguntó Shelett de pronto.

Donald trató de escudarse en una respuesta un tanto ambigua.

—Primero me gustaría conocer sus intenciones, amigos —dijo.

—Puede imaginárselas. Tratamos de proteger a usted y a todos los habitantes de la Tierra de la codicia y la rapacidad de los

sirianos.

—¡Qué risa! —exclamó el joven—. Lo mismo me dijo Verdim de ustedes. Incluso me dio un arma para defenderme —mintió con descaro.

—¿Me permite? —dijo el hasta entonces silencioso Timor, alargando la mano—. Me gustaría examinarla.

Donald retrocedió un par de pasos.

—Alto ahí, amiguito. Si piensa que voy a soltar así como así el tubo de la muerte —declamó con énfasis dramático—, está muy equivocado.

—Ah —exclamó Timor—, ¿ustedes le llaman el tubo de la muerte?

—Es un nombre que me he inventado yo —repuso Donald—. Bueno, a lo que íbamos. ¿Qué pretenden ustedes de mí?

Shelett le miró de frente.

—Ayer firmó usted un pacto con Sirio. Deseamos que lo rompa y que, en su lugar, establezca otro similar con nosotros.

—Bueno —barbotó Donald—, está visto que todos estos «marcianos» se han creído que yo soy el amo de la Tierra o cosa por el estilo. ¿Es que no se han dado cuenta de que en mi planeta soy el último mono? ¿Por qué les voy a decir que sí, cuando aquí no pinto nada? Además, si he de creer a Verdim, a ustedes no hay por dónde cogerles.

—Verdim nos acusó de querer apoderarnos de la Tierra, y del resto de los planetas que componen el sistema solar, ¿no es eso?

—Es usted un adivino —respondió Donald sarcásticamente—. ¿Dónde tiene la bola de leer el porvenir?

Shelett no hizo caso de la ironía.

—Señor Sherman, está usted echando a broma una cosa que es de suma importancia para todos. No es para reírse...

—Lo que no es para reírse es lo que pretenden ustedes, los unos y los otros —gruñó Donald—. ¿Piensan que la Tierra es el botín de su batalla? Pues sepa que nosotros también tenemos armas y que sabremos utilizarlas, aunque quizá no sean tan espectacularmente devastadoras como las suyas, cosa que aún no puedo asegurar. Sin embargo, a usted, a su compañero y a ese Verdim del diablo les conviene saber una cosa: que si hay un animal salvaje en el Universo, ése es el hombre, y que si se pone a morder, no parará

hasta degollarles a todos ustedes.

Donald soltó la rociada de un solo golpe, quedándose sin aliento.

Shelett le miró con pena.

—Es una lástima que nos haya acogido de tal manera, señor Sherman. De veras pensamos ayudarles, aunque usted no nos crea. Nosotros...

—Si tratan de ayudarnos, ¿por qué no buscan a otra personalidad más alta y prominente que yo? Solamente soy un ciudadano particular, a quien parte de sus compatriotas han tachado de loco y chiflado y perturbador de la paz y el orden públicos. En cuanto llegase al menos importante secretario de un ministro me encerrarían indefectiblemente en un manicomio. —Movió la cabeza—. No, no; ustedes y Verdim me parece hicieron una mala elección.

—A lo que veo —observó Timor—, el tal Verdim le dejó un arma siriana.

Donald miró el tubo que aún sostenía en las manos.

—Sí —dijo—; y es de aúpa. ¿Quieren probarla?

Una sonrisa desdeñosa curvó los labios de Timor. Dijo:

—Usted se reiría si, teniendo una pistola en la mano, un salvaje le atacase a pedradas, ¿verdad? Pues eso mismo nos pasa a nosotros con su destructor de materia.

—Ah, conque se llama destructor de materia —murmuró el joven, estupefacto—. ¡Y es anticuado, dice!

—Tanto como un bote de vela al lado de una astronave —reafirmó Timor.

—Pues para mí es el «non plus ultra» de las armas modernas —exclamó Donald—. ¡Caramba con los artefactos anticuados! Bueno —agitó la mano de repente—, ya pueden largarse de aquí; hemos hablado lo suficiente.

Shelett meneó la cabeza.

—Comete usted un grave error al no hacernos caso. Verdim tuvo la suerte de llegar primero y convencerle. Si hubiese ocurrido al revés, las cosas variarían de modo diametralmente opuesto.

Donald arrugó el entrecejo.

—No lo creo. Cada vez me voy convenciendo más de que ustedes han tomado a la Tierra como pretexto para sus guerras y esto, hablando franca y libremente como ciudadano de la misma,

me molesta bastante, por lo que, con los debidos respetos, les requiero a que se larguen de aquí y me dejen en paz unos y otros. Y a los demás también, si es posible.

Shelett se acarició la mandíbula.

—¿Qué podríamos hacer nosotros para convencerle de la rectitud de nuestras intenciones, señor Sherman? Ah —exclamó de pronto—, ya lo tengo. Timor.

—Dime, Shelett.

—Traed al prisionero.

—Al momento.

Timor volvió hacia el vehículo espacial, regresando a los pocos instantes con los restantes ocupantes del mismo. Uno de ellos, situado entre Timor y el otro, parecía ceñudo y lleno de cólera, pese a que tratase de disimularlo.

—Vea usted, señor Sherman —dijo Shelett—, este tipo que ve aquí es un siriano. Fue hecho prisionero hace unos días.

—Bueno, para mí tanto puede ser un tejano como un esquimal. ¿Quién lo distingue de uno de ustedes? —exclamó el joven con reticente sarcasmo.

—Se lo vamos a demostrar ahora mismo —contestó Shelett.

Y antes de que nadie pudiera apercibirse de lo que iba a hacer, se volvió hacia el prisionero, agarrándole por la nariz.

—¡Oiga! —chilló Donald—. ¿Es que van a torturarlo?

El prisionero también gritó. Pero su grito fue un alarido infrahumano, de horripilantes trémolos, exhalado indudablemente por una voz que no era de este mundo y que torturó con crueldad los tímpanos del joven.

Shelett tiró con fuerza de la nariz, llevándose consigo toda la cara y la mayor parte del cuero cabelludo de su prisionero. El ruido como de seda o tela fuerte al rasgarse, convulsionó el estómago del joven.

Pero aún le quedaba mucho por ver. Cuando Shelett, lleno de repugnancia, arrojó el pedazo de piel formado por el rostro y el pericráneo del prisionero al suelo, una cara de horrendo aspecto apareció ante los estupefactos ojos de Donald.

Era un rostro imposible de describir, de un color verdoso amarillento, surcado por estrías violáceas, como si las venas le hubiesen quedado al descubierto, en el cual lucían con fulgores

homicidas dos ojos redondos, compuestos por multitud de celdillas hexagonales, que resplandecían con singular fosforescencia. La nariz estaba substituida por dos orificios triangulares, de vértices redondeados, y la boca era una simple grieta horizontal, sin bordes claramente definidos.

—¡Éste es un siriano! —exclamó Shelett con voz tonante—. ¿Van ustedes a aliarse con una población de monstruos?

Donald trató de sobreponerse a la terrible impresión sufrida.

—Verá —dijo al cabo—, en la Tierra no nos dejamos guiar por la coloración de la piel o la conformación física del individuo, sino por su espíritu. Cierto que ese pobre diablo no tiene un rostro muy agradable que digamos, pero, bueno, a todo se acostumbra uno, de modo que si intentó tocarme la fibra sensible por la parte del color de la piel y de su forma corporal, le advierto que ha fracasado.

—Todavía hay más —sostuvo Shelett—. Esto no es más que el principio…

Un súbito grito cortó en seco las frases del procyniano. Era Timor el autor y señalaba con la mano hacia arriba.

Todos miraron hacia el punto señalado por Timor. Donald también.

Un artefacto bajaba raudamente del cielo, en completo silencio, despidiendo en torno a él una intensa coloración fosforescente de tonos violáceos, sin dejar tras sí estela alguna.

—¡Vámonos! —gritó Timor.

—Un momento —gritó Shelett. Sacó de su bolsillo un arma parecida a la de Donald y apuntó con ella al siriano.

Éste quiso evadirse a su destino, pero antes de que pudiera dar un solo paso, desapareció tan científicamente como si jamás hubiese existido.

Shelett lanzó un agudo grito.

—¡Adiós! ¡Volveremos a vernos, Donald Sherman!

Donald quedó tan estupefacto y horrorizado por la inesperada acción del procyniano, que no supo reaccionar. Ni tan siquiera se acordó que en la mano tenía un arma formidable con la cual habría podido castigar el crimen cometido ante sus propios ojos. Los tres individuos se metieron en su nave. La cúpula se cerró y al instante el vehículo espacial empezó a volverse transparente, al mismo tiempo que ascendía en la atmósfera.

En unos segundos se convirtió en un remolino de aire apenas visible que ganaba altura con rapidez. Pero entonces, del nuevo aparato que descendía de las alturas partió un rayo de luz cárdena que impactó de lleno en la burbuja, haciéndola estallar en medio de un silencioso y fenomenal fogonazo.

La llamarada se apagó lentamente.

Unos segundos más tarde, Donald se hallaba tan solo a las orillas del lago como en el momento de despertarse, pero, claro está, muchísimo más asombrado todavía.

CAPÍTULO IV

Estaba sentado en la puerta de la cabaña, cuando oyó el tenue silbido de los chorros del helicóptero que descendía hacia él. Miró con expresión vacua hacia el aparato, reconociendo el que había traído la muchacha el día anterior.

El helicóptero se detuvo frente a la cabaña. La puerta transparente se abrió y Dorothy saltó al suelo.

Donald la vio venir sin moverse de su sitio. La muchacha llevaba pendiente del hombro su inseparable bolso, pero había cambiado de indumentaria. Ahora vestía un explosivo traje de una sola pieza, color plateado, que se ceñía a su cuerpo como si se lo hubiesen pintado a pistola encima de la piel. Los zapatos eran del mismo tejido y color aunque sin tacón.

Dorothy se detuvo frente al joven, dándose cuenta de su abatimiento. La expresión burlona que había aparecido en el rostro de la muchacha se esfumó de inmediato.

Se sentó a su lado.

—Donald, a usted le ha sucedido algo. ¿Quiere contármelo?

—¿Por qué se me ocurriría a mí escribir el dichoso artículo? —murmuró él apagadamente.

Dorothy dijo:

—Sin duda, porque su imaginación...

—En este caso, la realidad supera a la imaginación —movió él la cabeza.

Dorothy le tomó por una mano.

—Vamos adentro. Me explicará lo que le ha sucedido delante de una taza de café.

Mientras hervía el agua, Donald le contó lo ocurrido con pelos y señales. Ella escuchó atentamente, sin interrumpirle y sólo cuando el joven hubo concluido su relato, le preguntó:

—¿Cómo dijo que se llamaban los procynianos?

—Shelett y Timor.

—Unos nombres que, incluso, podrían pasar por terrestres — comentó ella.

—Las armas que usaban y sus aparatos no parecían, en modo alguno, hechos en nuestro planeta —gruñó Donald.

—Dice usted que mataron al prisionero.

—Supongo que debió ser eso. Shelett sacó un artefacto muy parecido al que me dio Verdim, apuntó con él al siriano y ¡paf!, desapareció.

El agua empezó a hervir. Donald fue hacia la cocinilla, pero ella se lo impidió.

—Deje, lo haré yo. El prisionero, ¿dio su nombre?

—Dio la cara, que no es poco —se estremeció Donald—. ¡Dios santo, qué facciones! Aún me estremezco al recordarlas.

—Lástima, que no haya podido tomar una fotografía. Hubiera sido una prueba excelente de sus asertos, Donald.

—Hubieran dicho que era maquillaje. Usted no conoce bien a los tipos del Servicio Secreto.

Dorothy sonrió. Regresó junto a la mesa con dos tazas humeantes.

—Yo soy uno de esos tipos del Servicio Secreto y nosotros acostumbramos a creer todo lo que tiene un mínimo de fundamento, Donald. Y habrá de convenir conmigo en que todo esto tiene mucha base verídica.

El joven sonrió, en tanto tomaba un sorbo de café.

—Ya lo creo —dijo—. A mí, sin embargo, lo que más me preocupa es la forma en que se hicieron invisibles los procynianos. ¡Rayos!, si parecía de película.

—Supongo que utilizarán algún medio nuevo de refractar los rayos luminosos. No es nada difícil.

Una súbita sospecha creció repentinamente en el ánimo del

joven al escuchar aquellas palabras. Se levantó y dio la vuelta a la mesa.

—Dotty —dijo—, ayer llegó usted como llovida del cielo. Hoy ha sucedido lo mismo.

Ella se puso en pie, muy alarmada por la rara expresión que se advertía en el rostro del joven.

—Donald, ¿qué es lo que pretende usted insinuar?

Antes de que Dorothy pudiera apercibirse a la defensa, la mano del joven se disparó hacia adelante, haciendo presa con el pulgar y el índice en la nariz de la muchacha.

Dorothy se puso en pie, gritando a voz en cuello. Donald le dio un par de fuertes tirones del apéndice nasal, sin conseguir, por supuesto, desprenderlo de su sitio.

Los ojos de la muchacha se llenaron de lágrimas.

—¡Bruto! ¡Animal! —injurió a Donald; y de repente, levantó la mano y le arreó un mamporro que le hizo dar dos vueltas sobre sí mismo.

Donald se llevó la mano a la mejilla ofendida. Sonrió anchamente.

—No, no es usted uno de esos monstruos, encanto.

—Pues ¿qué se creía? —protestó Dorothy airadamente, con lágrimas en los ojos todavía. Sacó un espejito del bolsillo y se contempló durante unos segundos—. Me ha dejado la nariz como una berenjena —murmuró con lastimoso acento.

—Lo siento —dijo él—, pero no quería hacerle ningún daño. La verdad, es tan raro todo esto que me sucede... A veces dudo de estar despierto. No acabo de creer que haya dos sistemas solares disputándose este viejo y caduco planeta que es la Tierra.

—Nada de viejo y caduco planeta —protestó ella—. Es mucho más joven y tiene muchas más posibilidades que las que usted supone. Bien —dijo de pronto con acento resuelto—, disponga sus cosas. Se viene conmigo.

Donald respingó.

—¡Eh! ¿Qué está diciendo, Dotty?

—Ya lo oyó. Tiene que acompañarme.

—¿Para qué?

—¡Oh, qué hombre! —Dorothy pateó el suelo—. Es usted insufrible. Le he arreglado una entrevista con uno de los jefes de

nuestro servicio. Nosotros, los del SIE, «creemos» en la existencia de esos dos mundos estelares en lucha. Tratamos de precavernos contra un posible desplazamiento de esa conflagración. Por ello estamos reuniendo todos los datos posibles… y usted es el que más sabe de este asunto en toda la redondez de la Tierra. Arréglese pronto. Yo misma le ayudaré.

—Bueno, con coger un par de camisas y el cepillo de dientes… Ya volveré más tarde por el resto de mis pertenencias.

Diez minutos más tarde, estaban listos para partir. Entonces, a Dorothy se le ocurrió preguntar:

—Donald, ¿dónde está el tubito que le dio ayer Verdim?

—Lo he tirado al agua.

Ella le miró con ojos desorbitados por la incredulidad.

—¿Que lo ha tirado al agua? —repitió.

—Así es. No quiero que un arma tan terrible…

—¡Estúpido! ¡Idiota! —le increpó ella—. ¿Puede haber en el mundo alguien a quién se le ocurra cometer semejante imbecilidad?

—A mí —contestó Donald muy amoscado—. Y deje ya de insultarme o tendré que darle una zurra en… en… bueno, ahí.

Los dientes de la muchacha rechinaron de rabia.

—¿Adónde ha tirado el tubo?

—Pues al lago, naturalmente.

—Acompáñeme. Quiero que me indique el lugar exacto donde lo arrojó.

—¡Qué! ¿Piensa rescatarlo?

—Sí, lo voy a hacer —contestó ella con firme acento. Le tomó del brazo, pero Donald no se movió del sitio.

—Oiga —preguntó él de pronto—, ¿es usted soltera o casada?

—Soltera —contestó la muchacha sin pensárselo dos veces. Luego se sorprendió—: ¿Por qué me lo pregunta?

—Oh, por nada, por nada. Simplemente… porque hay en nuestro planeta un hombre inmensamente feliz por no ser su esposo. Yo.

Ella le miró con ojos chispeantes. Luego lo empujó hacia la puerta.

—Vamos.

Dorothy le arrastró por la pendiente hasta la orilla del lago, a la que llegaron en pocos momentos. Entonces volvió a preguntar:

—¿Dónde lo ha tirado usted?

Donald señaló un punto con la mano.

Dijo:

—Ahí, poco más o menos.

—Demasiado lejos —frunció ella el ceño.

—Todo lo lejos que pude alcanzar a brazo —respondió Donald.

Dorothy estuvo meditando unos segundos. Miró a derecha e izquierda y luego, repentinamente, tomó una decisión.

A pocos metros de allí había una especie de promontorio rocoso que se adentraba casi una docena de metros en el lago, cayendo luego a plomo sobre las aguas desde una altura de cinco o seis metros. Sin titubear, Dorothy entregó el bolso al joven.

—Cuídemelo —dijo, y echó a correr.

Donald permaneció unos momentos inmóvil; luego, reaccionando, corrió a su vez tras la muchacha.

—Eh, oiga —gritó—, que el agua es ahí muy profunda. No podrá rescatar el tubo.

Pero ella no le hacía el menor caso. Llegó a la punta del promontorio y se detuvo en seco, comenzando a descalzarse.

Donald masculló una imprecación.

—Es capaz de tirarse al agua vestida de Eva. ¡Qué mujer, Dios mío!

Pero no sucedió nada de lo que había temido. Dorothy se limitó a desprenderse de los zapatos. Luego, tomando impulso, se lanzó de cabeza al agua.

Hendió el aire como una flecha, cortando la superficie del lago sin apenas chapoteo. Donald quedó en la extremidad del promontorio, mirando ansiosamente hacia abajo.

El tiempo empezó a transcurrir. Pasó un minuto y luego otro. Donald empezó a sentir serios temores acerca de la muchacha.

Dorothy reapareció tan bruscamente como había desaparecido. Agitó la mano triunfalmente.

—¡Ya lo he encontrado! —gritó.

Y nadó hacia la orilla.

Donald bajó corriendo del promontorio, encaminándose a su encuentro. Dorothy salió del agua y sacudió la cabellera, completamente mojada. Pero el traje que vestía estaba seco totalmente.

Donad no dejó de advertir la singular propiedad de aquel

vestido y se lo manifestó así a la muchacha.

—Es una nueva fibra —contestó ella, sin darle importancia al asunto—. ¿Tiene una toalla en casa?

—Sí —contestó él—. Pero sigo pensando que comete una equivocación al no dejar que ese tubo se pudra en el fondo del lago.

—La equivocación sería dejarlo para siempre bajo las aguas. ¡Vamos!

Esperó fuera, mientras ella se arreglaba. Un cuarto de hora más tarde, Dorothy salió de la cabaña, reparados los desperfectos de su peinado, como si no hubiese sucedido nada.

Se encaminó hacia el helicóptero, seguida por Donald. Tomó asiento frente a los mandos del aparato y puso en marcha el motor.

Pero advirtió que Donald continuaba en tierra.

—¿Es que no piensa venir conmigo? ¿O acaso tiene dudas acerca de mi pericia para pilotar este artefacto?

Donald sacudió la cabeza.

—No —dijo—, en absoluto. Sin embargo... Bueno, al diablo con todo. ¡Vamos!

Y montó en el helicóptero.

Dorothy cerró la puerta y apretó la palanca de gases. El aparato dio un salto hacia arriba y se remontó con rapidez en el espacio. El suelo huyó rápidamente bajo sus pies.

El helicóptero ganó altura rápidamente, sin dejar de avanzar en determinada dirección. Donald no era tonto y pronto advirtió el rumbo que llevaban.

—¿Hacia dónde vamos? —inquirió—. Ésta no es la dirección de Washington.

—¿Y quién le ha hablado de que vayamos a Washington, Donald?

—Yo creía... Pensé... —balbuceó él.

—Pues pensó y creyó mal —respondió ella secamente—. Nadie le ha dicho que la sede del SIE esté en la capital de los Estados Unidos.

—Bueno —rezongó Donald, repantigándose en su asiento. Sacó tabaco y encendió un cigarrillo. Dorothy se lo arrebató con presta mano, por lo cual tuvo que encender otro.

Volaron un buen rato en silencio. De pronto, la lámpara de la radio se encendió.

—«Casa Grande» a «Chiquita» —dijo una voz, al mover ella el dial de la radio.

—«Chiquita» a «Casa Grande». Todo sin novedad. Rescatado el artefacto y su propietario. Llevo a los dos a bordo.

—Muy bien, «Chiquita». ¿Qué rumbo lleva?

Dorothy se lo dijo. Entonces, el invisible interlocutor manifestó:

—Desvíese dos grados de su ruta y aumente la velocidad a siete. Altura, cuatro y medio.

—¿Ocurre algo? —preguntó Dorothy.

—Sí, pero no se preocupe por ello. Nosotros les cubriremos las espaldas.

Donald tragó saliva. Preguntó:

—¿Pasa algo malo?

—Parece que sí —contestó ella, impasible, actuando sobre los mandos del aparato. Éste ganó altura y velocidad, desviándose ligeramente hacia su izquierda.

Continuaron volando durante unos minutos. De pronto, la mano de Dorothy se tendió al frente.

—Ahí están —dijo con voz serena.

Donald se esforzó la vista, pero por más que lo intentó, no consiguió ver nada y así se lo dijo a la muchacha.

Ésta le señaló una pantalla del cuadro de mandos, en la cual se advertían siete puntos luminosos en V, con el vértice en dirección al helicóptero.

—Bueno —suspiró él—, de modo que «Casa Grande» nos envía protección, ¿eh?

—Nada de eso. Los aparatos que está viendo reflejados en la pantalla son enemigos.

De no haber estado atado al asiento por una correa, Donald habría pegado con la cabeza en el techo de la cúpula.

—¿Que está diciendo? —exclamó.

Por toda respuesta, ella inclinó el busto hacia adelante, hurgando durante unos segundos en un panel situado en la parte baja de la cabina. Extrajo del mismo un raro adminículo, que entregó al joven.

—Póngaselo —dijo, tomando otro para sí.

Donald contempló con asombro las extrañas gafas que le entregaba la muchacha, quien se había colocado ya las suyas. Eran

de un cristal grueso de color azul violeta y de casi un centímetro de grueso, estando formadas de una sola pieza, incluidas las patillas de sujeción.

—¡Pronto! —le urgió la muchacha.

Donald obedeció. Se colocó las gafas, observando, estupefacto, que pese a la densidad de su estructura y su color, apenas si oscurecían el paisaje.

—¿Por qué me hace ponerme esta máscara? —protestó—. ¿Es que estamos en Carnaval?

—Mire al frente —replicó ella impasible—. ¿No ve nada?

Donald hizo lo que le decían. Exhaló un gemido.

Frente a él, volando en perfecta formación, se veían siete aparatos, exactamente iguales al que había transportado a Shelett y sus compañeros. La punta de la flecha apuntaba directamente hacia el helicóptero.

Dorothy dijo:

—Ahora mire hacia atrás y a sus espaldas.

Detrás del joven se veía una docena de aviones cohete, parecidos a los que usaba el Ejército. Los aviones se encaminaban rectamente hacia los discos volantes.

Dorothy empujó la barra hacia adelante y el helicóptero se hundió a plomo. Entonces empezaron a ocurrir cosas.

Muchas rayas de color pasaron por el sitio que acababan de ocupar. Sus tonalidades variaban del blanco incandescente al rojo oscuro y tenían todo el aspecto de poder destruir el aparato si lo alcanzaban.

Entonces los aviones pasaron al ataque. Donald quiso verlo mejor sin gafas, pero ella se lo impidió.

—¿Quiere quedarse ciego? ¡Mire!

Fuertes chispazos se produjeron delante de ellos, en donde estaban los platos voladores. Cada fogonazo era un aparato que desaparecía.

Pero los discos también se defendían. Los aviones empezaron a caer envueltos en llamas o bien estallaban con fragoroso estampido.

Donald contempló estupefacto el asombroso espectáculo, que no tuvo una excesiva duración. En pocos minutos, los siete discos voladores desaparecieron, barridos del cielo por el feroz ataque de los aviones propios más de la mitad de los cuales resultaron

destruidos por el fuego de defensa de los discos.

Cuando el combate hubo concluido, Donald preguntó:

—Y ahora, ¿puedo saber…?

—No es tiempo todavía —dijo ella secamente—. Lo sabrá a su debido tiempo. Mientras tanto, tenga un poco de paciencia.

—Pero… —empezó a decir él. Se dio cuenta de que todo cuanto manifestara iba a ser inútil y se cruzó de brazos, adoptando una actitud impasible.

Media hora más tarde, Dorothy anunció:

—Ya estamos llegando.

Donald miró hacia abajo, sin ver el menor rastro de edificación.

—¿Viven ustedes, los del SIE, como los salvajes africanos, en pleno bosque?

Ella no le contestó; estaba muy ocupada haciendo descender el helicóptero.

CAPÍTULO V

R

azón tenía el joven en hacer su pregunta, puesto que allí no se veía ningún edificio que pudiese sugerir la comandancia del SIE. Todo era bosque, un bosque espeso y cerrado de robles, encinas y olmos, con numerosos matorrales que crecían entre los árboles mayores.

Manejando su aparato con suma habilidad, Dorothy lo hizo descender en el centro de un pequeño claro de menos de veinte metros de anchura, con el suelo cubierto de una espesa capa de hierba fresca y jugosa. El helicóptero se detuvo trepidando ligeramente, pero Dorothy no hizo la menor señal por apearse.

Alargó la mano y pulsó un botón de modo intermitente. Donald comprendió que estaba haciendo una señal.

Casi en el acto, el suelo empezó a descender. El joven observó, con inmenso asombro, que la capa herbosa perdía altura, separándose del resto del suelo en una dimensión ligeramente superior a la del helicóptero.

Su asombro aumentó al ver que las paredes verticales del suelo

eran metálicas. Entonces no le cupo la menor duda de que se hallaba en un ascensor como los que se usan a bordo de los portaviones, para guardar los aparatos bajo cubierta.

Descendieron durante una cincuentena de metros, al cabo de los cuales, el ascensor se detuvo en una gran nave, cuyas paredes estaban forradas de cemento pintado en una suave coloración verdosa, de grato descanso para la vista. Un grupo de hombres armados con metralletas ultrarrápidas rodeó de inmediato el helicóptero.

Donald no vio en los individuos detalles extraños en su indumentaria. Parecían pertenecer a la Policía Militar y sus rostros aparecían estólidos e inexpresivos.

Dorothy saltó al suelo. Donald la siguió.

Todo se desarrolló en silencio. Una especie de carretilla se acercó a ellos, conducida por un individuo vestido igual que el resto de sus compañeros. Un tractor enganchó el helicóptero y se lo llevó a remolque. Inmediatamente, el ascensor empezó a elevarse, cubriendo el hueco.

—Venga conmigo —dijo la muchacha, ocupando uno de los asientos de la carretilla.

Donald se sentó a su lado, procurando ocultar el asombro que le producía todo aquello. La carretilla se puso en marcha, empezando a correr a lo largo de un inmenso túnel, en el que se veían numerosas puertas, guardadas cada una de ellas por un centinela de aspecto impasible.

El túnel mediría unos quinientos metros, al cabo de los cuales la carretilla se detuvo. Dorothy se apeó, indicándole al joven por señas que le siguiera.

Franquearon una puerta, que se cerró en el acto a sus espaldas. El suelo perdió altura de inmediato.

Descendieron durante lo que Donald, cuyo asombro era cada vez mayor, calculó otros cincuenta metros. Al cabo, la puerta volvió a abrirse y se encontraron ante una especie de vestíbulo, de confortable aspecto, tan suavemente iluminado como el resto de aquellas construcciones subterráneas.

Dorothy se encaminó hacia una puerta flanqueada por dos centinelas, al mando de un individuo con galones de sargento. Éste examinó la tarjeta de la muchacha y abrió la puerta.

—Venga conmigo, Donald.

El joven comprendió que se hallaba de nuevo en otro ascensor. Meneó la cabeza.

—Si seguimos bajando, en cualquier momento saldrá un demonio pidiéndonos un abanico —gruñó.

Esta vez el descenso fue algo más largo. Al terminar, Donald calculó que el recorrido total había sido de unos trescientos cincuenta metros y así se lo dijo a la muchacha.

—Error. Son cuatrocientos veintidós exactamente —manifestó ella, abriendo la puerta del ascensor.

Se encontraron directamente en una habitación, amueblada de modo sencillo, en la cual había un hombre vestido de paisano.

El hombre se levantó del asiento que ocupaba detrás de la mesa, en la cual se veían unos cuantos aparatos de comunicación. Era de mediana edad, pero fuerte y robusto todavía. Su pelo cortado a cepillo y el bigote de pelo duro que le adornaba el labio superior indicaban que aquel hombre solía vestir con mucha frecuencia el uniforme militar.

—General —dijo Dorothy, confirmando las sospechas del joven —, éste es Donald Sherman. Y aquí tiene el tubo del que le hablé anoche.

El hombre tomó el tubo con una mano y estrechó la de Donald con la otra.

—Me alegro de conocerle, Sherman —dijo—. Soy el general Edward A. Miles, jefe del Servicio de Inteligencia del Espacio. Bienvenido a nuestras filas, muchacho.

Donald parpadeó.

—¿He oído mal, señor? —preguntó.

Miles se echó a reír.

—No, no ha oído mal, Sherman. Pero mejor será que se acomode. Dorothy, hija, ¿quiere prepararnos de beber?

—Con mucho gusto, general —respondió la muchacha.

Miles volvió detrás de su mesa y apoyó los codos en el tablero. Miró fijamente al joven y empezó a hablar.

—Amigo Sherman, hace ya tiempo que la atención de nuestro Servicio se había fijado en usted. Concretamente, desde que escribió el artículo que le costó la «dimisión» de su periódico. Entonces decidimos entablar relaciones con usted, pero se había escondido

tan bien que nos costó bastante hallar su paradero. Dorothy no fue el único agente que le buscaba, lo que pasa es que fue la primera en hallarle.

La muchacha volvió con una bandeja y copas. Sirvió primero a Donald, luego al general y después ella tomó una tercera copa, sentándose frente al joven.

—¡Salud! —dijo Miles. Donald correspondió. El general continuó.

—Algunos aspectos del SIE le parecerán increíbles, Sherman, pero deberá olvidar su asombro en todo momento. Se habrá preguntado en más de una ocasión qué puede hacer un organismo similar con una cosa que está aún en su nacimiento, como es la navegación en el espacio. Sí, hay qué hacer y mucho.

»La señorita Stuyvesh le habrá dicho que desde hace ya algún tiempo vienen observándose rastros de aparatos extraños en las proximidades de la Tierra y de su satélite. En un principio creímos que la Unión Oriental había conseguido lanzar al espacio una gran flota de astronaves, con medios intimidatorios -a pesar de que nuestras relaciones son pacíficas y hasta amistosas, no podemos fiarnos mucho de ellos.

»Pero un cuidadoso examen de las observaciones realizadas, nos dijo que esos aparatos detectados -mal detectados, porque el registro resulta difuso e inconcreto- no eran orientales. La llamada «Tercera Fuerza», es decir, los países africanos, la India y demás, no poseen aún la potencia necesaria para lanzar una nave al espacio. Por lo tanto, después de un cuidadoso cálculo de las probabilidades, hubo de llegarse a la conclusión de que aquellas naves no eran terrestres.

»Los fogonazos que usted comentó en su artículo no fueron los primeros. Lo que sucede es que se produjeron a horas diurnas, cuando la cosa puede pasar más desapercibida o, simplemente, demasiado lejos para poder llamar la atención. Pero en aquella noche del 24 al 25 de agosto, el choque entre las dos potencias que usted ya conoce, fue harto voluminoso para no ser percibido por un buen número de millones de ciudadanos de la Tierra. Entonces, fue cuando decidimos que era preciso actuar en serio.

—¿Quiere decirme, general —le interrumpió el joven—, que nosotros podemos oponernos con éxito a los ataques de esos seres

procedentes de otros mundos?

Miles asintió.

—En realidad, no intentamos oponernos. Sería tanto como buscar nuestro propio fin. Ellos, por supuesto, tanto aislada como separadamente, son muchísimo más poderosos que nosotros. Sería una tontería hacerles frente.

—Sí —objetó Donald—, hoy he visto, no hace mucho, además, cómo una docena de aparatos suyos destruyó una patrulla de naves extraterrestres, invisibilizadas con arreglo a su procedimiento.

—Estábamos alerta —contestó Miles con sencillez.

Donald torció el gesto.

—¡Hum! —masculló—. Esos aviones eran terrestres. No usaron ningún cohete de tipo convencional ni ametralladoras ni nada que se le pareciese. ¿Acaso disponen ustedes de algún «rayo de la muerte»? Esto es algo que han buscado siempre los científicos de la Tierra, sin que, hasta el presente, hayan podido encontrarlo.

Miles sonrió blandamente. Alargó la mano.

Dorothy le entregó el tubito que había recuperado del fondo del lago.

Miles jugueteó con él durante unos segundos y luego miró a Donald.

—Sherman —dijo—, hace ya algún tiempo que una de estas astronaves se posó en tierra, al parecer averiada. El aterrizaje fue un poco violento y... bien, sus ocupantes resultaron muertos. Puede comprender que inmediatamente se declaró el hecho como altamente secreto y que ni una sola noticia del mismo trascendió a la prensa. Entre los objetos que se hallaron en la astronave figuraba un par de tubitos como éste, los que, debidamente estudiados por nuestros científicos, dieron lugar a armas similares, pero de mucha mayor potencia, con las cuales estaban equipados esos aparatos que usted vio combatir contra las naves de Procyon.

—Sí, claro —contestó el joven—, ahora me lo explico todo. Y volviendo a lo nuestro, ¿puedo saber para qué se me ha traído aquí de forma tan misteriosa?

—Es usted el único terrestre con el cual los hombres de Sirio han entablado relaciones. Le nombraron embajador. Acepte el puesto —contestó el general sin titubear.

—Embajador, yo —resopló el joven—. ¿Y qué diablos he de

hacer? ¿Presentar mis cartas credenciales al presidente de la Federación?

—Nosotros le aconsejaremos al respecto —afirmó Miles—. Por ahora, creo que lo mejor sería que se retirase a su alojamiento a descansar un rato, en tanto nuestros expertos preparan para usted el plan de su actuación.

—¿He de quedarme aquí abajo, en este sótano? —preguntó Donald, entre asombrado e irritado.

—Oh —declaró el general—, no será por mucho tiempo. Por otra parte, aquí hay todo género de distracciones... —Miró a Dorothy significativamente y la muchacha se sonrojó levemente—. No lo pasará tan mal como supone, créame, Sherman.

—Está bien —rezongó Donald—. Puesto que no hay otro remedio...

Miles se puso en pie.

—Acompáñale, ¿quieres, Dotty?

La muchacha asintió. Donald y el general se estrecharon la mano, saliendo del despacho.

El ascensor les llevó hacia arriba, pero a mitad de camino se detuvo. La muchacha abrió la puerta, saliendo a un túnel, brillantemente iluminado, cuyo término apenas si podía divisarse.

—Sígame —dijo ella con laconismo.

Echaron a andar. De cuando en cuando, se tropezaban con un centinela armado hasta los dientes, que les miraba inexpresivamente, sin concederles ninguna otra atención. Finalmente, Dorothy se detuvo ante una habitación.

—Aquí es —dijo, y abrió la puerta.

Donald se apoyó en el dintel.

—Hablando francamente, guapa, ¿cuánto tiempo me van a tener encerrado aquí? —preguntó.

Ella alzó los hombros.

—No lo sé. Es cosa del general Miles.

—Usted parece ser uno de sus agentes de confianza. ¿Por qué no se lo pregunta?

—Los simples agentes como yo, y aun los de mayor rango, no solemos hacer preguntas indiscretas a los jefes, sépalo de una vez, Donald.

—Pero es que yo soy un embajador. Y de Sirio, además —

contestó él, dándose importancia—. ¿No cree que tengo derecho a un mejor trato que el que estoy recibiendo?

—¿Tan malo es? —dijo ella, con sonrisa ligeramente irónica—. Bien, pase dentro. Yo tengo que dejarle.

—¿Se va usted? —exclamó Donald, fingiendo pena—. Yo creía que formaba parte del programa recreativo que me ha prometido el general.

—Que le distraiga su tía —masculló ella, asiendo un poco nerviosa el pomo de la puerta.

—¿Cuál, la de Chicago?

Pero ya no recibió ninguna respuesta; la puerta se cerró bruscamente con fuerza.

Donald se encogió de hombros y luego se volvió, en redondo, examinando con curiosidad el habitáculo que le había sido asignado.

La estancia era cómoda aunque sin lujos innecesarios. Era medio «living» y medio dormitorio, con una consola en la que se veían unos cuantos libros, varias botellas y vasos y la pantalla de un televisor. Sobre la consola se advertía el disco y la diminuta placa visora de un intercomunicador. En uno de los ángulos de la estancia había una puertecita que Donald supuso, acertadamente, era la del cuarto de baño.

Se sentó en el diván, con un cigarrillo en la mano y empezó a meditar profundamente, sin olvidar detalle, sobre los hechos en que había tomado parte desde la llegada de Dorothy a su cabaña del lago; luego volvió a repasarlos una y otra vez hasta que le dolió la cabeza.

Puso en funcionamiento el televisor. No le gustó el programa y apagó la pantalla. Tomó una copa, pero no quiso pasar a la siguiente, pues no deseaba embriagarse; por el contrario, ahora más que nunca le convenía tener despejada la cabeza.

Pasaron unas cuantas horas. De pronto, la puerta se abrió y entró un individuo con una bandeja llena de comida, que dejó sobre la mesa, retirándose en silencio antes de que Donald tuviera tiempo de hacerle la menor pregunta.

El joven cenó con buen apetito, dándose cuenta, por su reloj de pulsera, de que era ya hora de dormir. No obstante, antes ce acostarse, deseó hacer una prueba.

Se acercó al visófono y lo puso en funcionamiento. La placa se iluminó al instante y un rostro de impasible expresión apareció en ella.

—¿Número, por favor? —pidió el operario de la centralita.

—No lo sé —contestó el joven—. Únicamente… desearía hablar con la señorita Dorothy Stuyvesh.

—Al momento, señor —contestó el operador, con gran asombro por parte de Donald.

La placa se oscureció un instante y volvió a iluminarse al momento. La imagen de la muchacha, vistiendo un peinador, apareció en el recuadro.

—Hola, Donald —saludó Dorothy—. ¿Deseaba algo de mí?

—Oh, no, nada —contestó él, componiendo una sonrisa de circunstancias—. Solamente… desearte las buenas noches y que descanses bien.

Ella sonrió nuevamente.

—Gracias, Donald. Le deseo lo mismo. Hasta mañana —y la pantalla se oscureció.

Donald cortó la comunicación, permaneciendo quieto durante unos segundos. Después, lentamente, se desnudó, tumbándose en la cama para dormir.

El sueño acudió de inmediato, pese a sus muchas preocupaciones. Durmió profundamente durante largo rato.

Varias horas más tarde despertó de modo brusco. Se sentó en la cama, enormemente sobresaltado y desvelado por completo, como si hubiese dormido la noche entera.

Estaba intranquilo.

—¡Pues claro! —masculló—. ¡Qué tonto he sido de no verlo antes!

En la oscuridad buscó los cigarrillos y las cerillas. Prendió fuego a uno de ellos, hasta consumirlo por completo. Después encendió la luz.

Se vistió, rezongando entre dientes mientras lo hacía. Luego se dirigió hacia la puerta, entreabriéndola con infinito cuidado.

Miró por la rendija. A corta distancia de él, un centinela armado con una metralleta ultrarrápida, se paseaba de arriba a abajo por el corredor. Sólo se veía un vigilante; sin duda, al llegar la noche, la vigilancia se relajaba un tanto.

Donald aguardó a que el hombre le hubiera vuelto la espalda. Entonces, sigilosamente, abandonó su cuarto y se acercó a él.

Al llegar a su altura, rodeó su cuello con el brazo izquierdo, cortándole la respiración. El soldado se debatió con todas sus fuerzas, pero habiendo sido cogido por sorpresa, sus posibilidades de triunfo eran mínimas.

Donald mantuvo la presión hasta que advirtió que los miembros del individuo empezaban a relajarse. Entonces aflojó el brazo y se lo llevó a rastras hasta su habitación.

Una vez allí, cerró la puerta, asegurándola por dentro. Volvió junto al centinela, que continuaba desmayado y se inclinó sobre él para despojarle de sus ropas.

Diez minutos mas tarde, el centinela volvía a salir de la habitación. Se dirigió hacia la puerta del ascensor, pulsando el botón de llamada.

El centinela esperó a que bajase el aparato. Al abrirse la puerta se dispuso a penetrar en el mismo. Pero apenas había dado un par de pasos, se detuvo como clavado en el suelo.

Retrocedió. Cuatro o cinco hombres armados hasta los dientes acababan de aparecer ante sus ojos.

—De modo que el amigo Sherman pretendía fugarse, ¿eh? —dijo uno de ellos. Estaba armado con uno de aquellos mortíferos tubitos.

—No, no... —se oyó un grito cortado instantáneamente por la letal descarga de aquella poderosa arma.

CAPÍTULO VI

C

uando el hombre vestido de soldado hubo desaparecido, el general Miles alargó la mano y cortó el contacto. La pantalla que había estado iluminada hasta aquel instante y merced a la cual habían presenciado toda la escena, se oscureció.

Estalló un gemido en la habitación. Miles miró con dureza a Dorothy, la cual había escondido el rostro entre sus manos y sollozaba vehementemente.

La contempló durante unos momentos.

—Déjate ya de llorar y gimotear —refunfuñó—. Ese tipo era peligroso para nosotros. Hubiera acabado por arruinar todos nuestros planes.

Dorothy no contestó. Continuó sollozando, hasta que poco a poco fueron cesando los espasmos de dolor.

—Sería ridículo que hubieses ido a enamorarte de un individuo como Sherman —dijo el general severamente—. Cuando ingresaste en el Servicio, prometiste olvidar todo lo concerniente a afectos y sentimientos personales.

Ella asintió, secándose los ojos.

—Lo siento, general —se excusó—. Pero… no pude evitarlo. Le ruego me perdone por esa debilidad que he mostrado. Procuraré ser más fuerte en lo sucesivo.

—Eso espero —dijo Miles—. Bien, asunto liquidado. —Sonrió anchamente—. Ese pobre tonto actuó tal como habíamos esperado. Ni siquiera se fijó en que el soldado que habíamos dejado de centinela era casi un doble exacto de él mismo.

—¿Y… era necesario que muriera? —preguntó la joven con un hilo de voz.

—¡Claro que sí! —tronó el general—. Sherman fue el único que intuyó la verdad de las explosiones. Fue el único, también, que habló con uno de los nuestros, Verdim concretamente, y el solo terrestre que habló con procynianos. No podía seguir viviendo un minuto más.

La muchacha se pasó la mano por la frente.

—Pero… entonces, no comprendo a qué vienen todas las explicaciones que usted le dio, general.

—Tenía que confiarle, ¿no?

—Hay aquí hombres suficientes para matarle sin tener que recurrir a semejantes argucias —objetó la muchacha.

—Lo sé. También hubiera podido hacer desaparecer la cabaña y él dentro con una sola descarga destructora, pero necesitaba un pretexto para justificarme, ¿no lo comprendes? —Miles golpeó la mesa con fuerza—. Sherman era muy peligroso, muy peligroso —repitió una y otra vez.

Dorothy sonrió desdeñosamente.

—Muy peligroso. Un hombre solo contra una poderosísima organización como la nuestra. A veces me pregunto, general, si está

usted en su sano juicio.

Miles se sulfuró.

—Dorothy no te tolero que me hables así —dijo airado—. Sherman era el copo de nieve que, rodando, rodando, hubiera llegado a formar la bola que nos arrasara a todos. Tenía que fundirlo antes de que se hiciese más voluminoso, ¿entiendes de una vez?

—Está bien. Usted es el jefe —declaró la muchacha—. Le traje a Donald Sherman hasta usted. Le traje el tubo que él -en mi opinión, muy juiciosamente- arrojó al lago. ¿Qué más desea de mí?

—Nada, en absoluto —contestó Miles—. Puedes retirarte.

—Lo haré con mucho gusto —dijo ella con sequedad, dando media vuelta.

Cuando el general se hubo quedado solo en la habitación, se levantó, dirigiéndose hacia un ángulo de la misma, en el que había un enorme armario de metal, tipo archivador. Buscó una ficha en uno de los cajones y volvió con ella a la mesa.

Tomó una pluma y escribió:

«La utilidad del agente VF77, bajo el nombre terrestre de Dorothy Stuyvesh puede darse por concluida. Ha desempeñado a satisfacción las misiones encomendadas, pero ha demostrado una peligrosa tendencia a debilitar su ánimo permitiendo un excesivo predominio de sus sentimientos personales sobre el interés común. Sugiero que, en beneficio de la MISIÓN TOTAL, sea retirada y despersonalizada, a fin de que olvide todos los acontecimientos en que ha tomado parte.

Firmado:

Agente-Jefe AA-001, bajo el nombre terrestre de General Edward A. Miles.»

Firmó enérgicamente y metió la ficha en una ranura situada sobre la mesa, en uno de sus ángulos. Después sonrió satisfecho.

—Asunto liquidado —dijo. Luego levantó la cabeza... y abrió la boca hasta que casi se le desencajaron las mandíbulas.

Donald estaba frente a él, apuntándole con una metralleta ultrarrápida, con una expresión en su rostro que no dejaba lugar a dudas. La muchacha estaba a su lado, aturdida y con expresión de incredulidad.

—¡No ha muerto! —barbotó Miles al cabo, cuando recobró el habla.

—Afortunadamente, no —contestó el joven con duro tono— Y no será porque usted no haya puesto todos los medios para conseguirlo.

Miles empezó a recobrarse.

—¿Cómo lo hizo? —inquirió.

—Muy sencillo —sonrió Donald—. Cuando sospeché que ustedes tenían tanto de terrestres como yo de anguila eléctrica, decidí evadirme de aquí, costara lo que costara. Usted cometió algunos deliberados errores en la conversación que tuvo conmigo, con el fin de que yo, más tarde, al recapacitar, me diera cuenta de mi error e intentara la fuga. Uno de ellos... ¿pero cómo un científico terrestre, de un tubito como aquél, podía sacar un cañón en menos de nada? Estoy seguro de que trabajaría veinte años y no lograría desentrañar sus secretos. Luego dijo «las naves de Procyon», con acento de total seguridad y... bueno, usted lo sabe mejor que yo.

»De todo esto me di cuenta a mitad de mi sueño. El subconsciente entró en acción... y me lo dijo todo. Entonces, tal como usted había calculado, pensé en la fuga.

Donald sonrió despectivamente.

—Todo se habría desarrollado según sus planes, general —dijo —, a no ser porque la trampa era demasiado burda. En el momento en que llevé al centinela a la habitación y vi sus facciones casi idénticas a las mías y su corpulencia también calcada de la mía, adiviné la trampa. Ustedes creyeron que me aprovecharía de la circunstancia, pensando en que aquel notable y coincidente parecido me favorecería y, posiblemente, cualquier otro lo hubiera hecho en mi lugar. Pero yo no me dejé cazar en el lazo y, apuntando con la metralleta al individuo, le obligué a caminar hasta el ascensor. Si no era en la puerta, sería en el camino... pero fue en la puerta; sus esbirros, general, no quisieron esperar demasiado.

Donald deseaba salir de allí cuanto antes.

Miles apretó los labios al escuchar el sucinto relato que acababa de hacerle el joven. No sólo no había conseguido deshacerse de él, sino que, además, lo tenía enfrente de sí y empuñando, además, un arma, cuya eficacia conocía de sobra.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Qué hará, ahora que lo ha descubierto todo, Sherman?

—La respuesta es fácil —dijo el joven. Se volvió hacia la muchacha—: Dorothy, ¿se necesita algún pase especial para salir de aquí?

Ella vaciló un instante.

Entonces, Miles alargó la mano y lanzó un bramido.

—¡Dotty, no contestes!

Las manos del joven se crisparon sobre la metralleta.

Exclamó:

—Cierre el pico, general, o le acribillo el cuerpo. Dotty, respóndeme.

—¡Si lo haces —tronó el general— te declararé traidora! ¿Te das cuenta de lo que esto significa para ti?

La muchacha se irguió. Inspiró profundamente, haciendo resaltar la turgencia de su opulento seno.

—Si te acompaño yo, Donald —respondió al cabo—, nadie te pondrá inconvenientes para salir.

El joven sonrió.

—Gracias, hermosa; eso es cuanto deseaba saber.

Y saltó hacia el general, enarbolando la metralleta.

—¡Eh! —aulló Miles, cubriéndose la cabeza con las manos—. ¿Que va a hacer usted? ¡Locos! ¡Están locos los dos!

—Entonces —dijo Donald, sonriendo anchamente—, nadie me exigirá responsabilidad alguna por esto. —Y empujó a fondo el cañón de la metralleta.

Miles recibió el impacto en el bajo vientre, cosa que le hizo curvarse sobre sí mismo y bajar la guardia. Entonces, Donald le aplicó el cañón del arma detrás de la oreja, con seco golpe, y el general se derrumbó como una masa.

—¡Vamos! —dijo Donald, tomándola de la mano.

Unos minutos más tarde, el ascensor les dejaba fuera. Dorothy pilotaba el helicóptero.

El rostro de la muchacha estaba tenuemente iluminado por las luces del cuadro de instrumentos. Todavía faltaba un par de horas para el amanecer.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó ella.

—A mi cabaña —contestó Donald sin vacilar.

—Pero… será el primer lugar donde nos buscarán —dijo la muchacha, haciendo despegar el aparato, no obstante.

Donald sonrió tranquilamente.

—No te preocupes —dijo—. Además, no está tan lejos, ¿verdad?

Ella respingó. Su gesto de sorpresa fue tan pronunciado que el aparato se tambaleó en el aire.

—¡Donald! —exclamó—. ¿Cómo lo sabes?

—Pensabas sin duda que no me fijaría. Pero, en realidad, en lugar de volar recto hacia el noroeste lo que hiciste fue describir un círculo casi completo. Entre la cabaña y vuestro escondite, apenas si hay veinte kilómetros de distancia, ¿no es así?

Ella no asintió. Pero el carmín que cubrió instantáneamente su rostro, fue la mejor respuesta que hubiera podido dar.

Llegaron a la cabaña en pocos minutos. Dorothy realizó la maniobra de aterrizaje y luego abrió la portezuela del aparato.

—Quédate aquí un momento —dijo Donald, saltando a tierra—. Vuelvo enseguida.

Echó a correr hacia la cabaña y penetró en ella.

Pasaron unos minutos, diez, quince. Al cabo, cuando ya Dorothy empezaba a impacientarse, Donald salió de la cabaña, dirigiéndose con paso tranquilo hacia el aparato.

—Puedes despegar ahora —dijo.

Pero la muchacha no obedeció. Con las manos pegadas a los mandos, le miró fijamente:

—Donald —exclamó—, ¿qué es lo que traes entre manos?

—¿Yo? Nada, simplemente. Estuve... apagando la cocinilla. Gastaba demasiado petróleo, ¿sabes? Me la dejé encendida y...

—No seas embustero —contestó ella, apretando los labios—. Está bien, si no quieres decírmelo, no insistiré.

Donald dijo:

—Tampoco tú has sido muy explícita conmigo que digamos, Dotty. Eso de que perteneces al SIE es una fábula de principio a fin. ¿En dónde has nacido, en Sirio o en Procyon?

Ella pateó el suelo del helicóptero.

—Aquí, en la Tierra, aunque tú no quieras reconocerlo —manifestó.

—Bueno —se encogió Donald de hombros—, si tú lo dices... —Y de pronto, disparó los brazos, atrayendo a la muchacha hacia sí.

—No, no... —susurró ella, protestando sin mucha convicción.

Cuando se separaron sus labios, el rostro de Dorothy mostraba

un rubor muy poco convencional. Bajó los ojos y evitó cuidadosamente mirar al joven.

—Oh, Donald —dijo—, eso que has hecho no está bien.

El joven sonrió, repantigándose satisfecho en el asiento.

—Me he limitado únicamente a besar a la mujer a quien amo. ¿Sigue pareciéndote tan mal todavía, Dotty?

—Oh, Donald —exclamó ella, arrojándose en sus brazos de nuevo.

Pasaron unos instantes. Después volvieron a separarse, ahora por iniciativa del joven.

—Está bien ya, Dotty. Y ahora que sabemos cuáles son nuestros mutuos sentimientos, ¿quieres despegar?

—¿Hacia dónde?

El cielo empezaba a clarear hacia Oriente.

—Sube a seis mil metros de altura y mantente en la vertical del lugar donde se esconden Miles y sus esbirros. Vamos, date prisa, no podemos perder ya mucho tiempo.

Dorothy manejó el aparato, haciéndole ganar altura y velocidad con sin igual pericia. Mientras ascendían preguntó:

—¿Por qué quieres que vayamos allí, Donald?

—Ten paciencia unos minutos y lo verás. Por favor.

Ella no insistió. Condujo el helicóptero en la dirección deseada, y al llegar al punto señalado lo mantuvo inmóvil sobre el punto donde antes tomaran tierra.

—Bien —dijo al cabo—, ya hemos llegado.

Donald consultó su reloj. Luego miró al cielo.

Dijo:

—Esperemos unos minutos todavía. ¿Quieres fumar?

La muchacha aspiró mecánicamente el humo del cigarrillo. La luz del día era ya total.

De pronto, un suave sonido llegó a sus oídos. El sonido creció de volumen.

—¿Un avión? —exclamó Dorothy.

—Algo por el estilo —contestó el joven ambiguamente. Deslizó a un lado un panel de vidrio y arrojó fuera el cigarrillo. El estridor del silbido llegó claramente a los oídos de la pareja.

Dorothy miró a un lado y a otro sin ver nada. De pronto, una sombra oscura pasó por delante de ellos, a unos quinientos metros

de distancia.

—¡Mira, Donald! —gritó ella.

El joven asintió tranquilamente.

—Sujeta los mandos. El helicóptero se balanceará.

Efectivamente, unos segundos más tarde notaron a bordo del aparato la turbulencia, originada en el aire por el veloz paso de aquel extraño artefacto, cuya forma apenas si habían podido divisar a causa de la enorme velocidad que llevaba.

—Y ahora —exclamó Donald—, ¡mira hacia abajo!

La muchacha obedeció, clavando la vista en el lugar donde aterrizaran el día antes. El suelo pareció hervir de pronto.

Durante unos segundos la tierra burbujeó, despidiendo de vez en cuando leves nubéculas de polvo. Después, todo quedó en calma.

—¡Donald! —gritó la muchacha—. ¿Qué ha sido eso?

—Ya podemos volver tranquilamente a casa. Todo ha terminado —dijo él muy satisfecho.

—Pero ¿puedes explicarme de una vez lo que ha sucedido?

—Sencillamente, una bomba vibratoria.

Los ojos de la muchacha se desorbitaron.

—¿Una... bomba... vibratoria?

—Exactamente. Pero volvamos a la cabaña; te lo explicaré por el camino.

Mientras el helicóptero continuaba su vuelo, Donald aclaró:

—La bomba vibratoria no es más que un artefacto que al estallar desencadena un violentísimo terremoto. Ahora, la madriguera del general Miles está completamente destruida y muertos todos cuantos se hallaban bajo tierra. La explosión de la bomba vibratoria habrá hundido todos los túneles y pasadizos, tal como lo hubiese hecho un terremoto que hubiera tenido su epicentro bajo el punto de acceso al escondite.

Dorothy le miró estupefacta.

—¡Dios mío! Donald, entonces, ¿quién eres tú, quieres explicarte?

El joven sacudió la cabeza.

—No ha llegado todavía la hora de las explicaciones, aunque tú también tienes mucho que hablar. Por el momento, lo más conveniente es regresar a la cabaña, y esperar.

—¿A quién?

—A Verdim —contestó él con voz firme.

—¿Verdim? ¿Esperas que vuelva?

—Mucho me extrañaría si no lo hiciera —dijo el joven, y ya no quiso hablar del asunto.

Unos minutos más tarde estaban de nuevo en la cabaña. Pero como la vez anterior, Donald no quiso que la muchacha desembarcara hasta haber efectuado una operación similar

El joven volvió minutos más tarde. Sonrió, en tanto alargaba la mano para ayudarla a apearse.

—¿Qué te parece si nos friésemos unas cuantas truchas? Tengo casi una docena en el frigorífico diciendo «comedme».

—Eres incorregible —suspiró, y al bajar cayó en los brazos de Donald. Cuando se hubieron separado volvió a suspirar—. Espero que cuando nos hayamos casado sigas así de afectuoso, Donald.

—Más todavía —rió él alegremente. La tomó de la mano—. Vamos a comer, que estoy muertecito de hambre.

CAPÍTULO VII

D

orothy se despertó, desperezándose voluptuosamente. Hacía tiempo que no había dormido tan bien. Se notó fresca y descansada y se dijo que lo estaría aún más después de tomarse un buen baño en las claras aguas del lago Ozarks.

Se levantó y vistió rápidamente, peinándose de modo somero. Se notó con apetito, pero se dijo que lo satisfaría después del baño. Eran las cinco de la tarde y prefirió comer al anochecer.

Era feliz.

Salió fuera de la cabaña. Donald no se veía por ninguna parte.

—Estará pescando —murmuró, después de lo cual penetró nuevamente para tomar una toalla. Entonces reparó en la nota escrita que había sobre la mesa.

No te muevas de aquí, volveré antes de la noche.

Cariños.

D. S.

Permaneció unos momentos intrigada, de pie junto a la mesa,

meditando acerca del, aparentemente, incomprensible proceder del joven durante los últimos tiempos.

Lo que más le extrañó, sin embargo, fue que en las dos ocasiones anteriores, Donald la hubiese dejado en el helicóptero mientras él volvía a la cabaña. ¿Qué había hecho entre tanto?

Miró en torno a ella. El aspecto de la construcción no podía ser más inofensivo. Sólo los muebles imprescindibles, un televisor, un frigorífico, la cocinilla, un pequeño lavabo adjunto... pero ni el menor rastro de aparatos transmisores ni receptores para comunicaciones.

Y Dorothy estaba segura de que mientras ella aguardaba en el helicóptero, Donald había estado comunicándose con alguna persona. ¿Quién?

Pateó el suelo cuidadosamente, convenciéndose de que la cabaña carecía de sótano, pues el sonido a hueco que se advertía era debido a la separación de las tablas del piso de tierra, para evitar la humedad. Además, ni siquiera se veía la menor grieta indicadora de una trampilla, como tampoco la clásica alfombra capaz de ocultarla. ¿Dónde estaba, pues, el aparato transmisor?

Recorrió de nuevo la cabaña palmo a palmo, olvidada por completo de su apetito y del baño en el lago. Media hora más tarde, sin embargo, hubo de dar por suspendidas sus pesquisas.

Permaneció unos momentos inmóvil, apoyada en la mesa, sumamente pensativa. De pronto reparó en algo que hasta entonces le había parecido completamente natural hasta aquel momento, pero que entonces le pareció incongruente en un lugar como aquél, en el cual se pretendía un retiro absoluto y un olvido total del torbellino de la civilización.

El televisor.

Lo miró fijamente durante unos segundos. Después salió fuera, mirando al techo de la cabaña.

Volvió adentro. Se acercó al aparato y empezó a manipularlo por todas partes, oprimiendo y haciendo girar los controles a diestra y siniestra.

Inesperadamente se oyó un chasquido y toda la parte delantera del televisor giró lateralmente, dejando ver en su interior un visófono. Sonrió al comprender la trampa del aparato: la pantalla grande era simulada solamente.

Volvió a salir. Sonrió aún más. Una antena había surgido, sin duda de modo automático al haber girado la falsa pantalla. Ahora ya sabía cuál era el medio que Donald había empleado para comunicarse con... ¿Con quién?

La pregunta quedó sin respuesta. Regresó dentro, dejando el televisor tal como lo viera. Tiempo tendría de que el joven le explicara lo que hacía.

Después de haber averiguado el secreto –siquiera hubiera sido parcialmente- se quedó mucho más tranquila. Consultó su reloj y se dijo que era ya tarde para el baño. Entonces empezó a preparar la cena. Pronto anochecería y quería tenerlo todo listo para cuando volviese Donald.

Unos minutos después sintió pasos a su espalda. No quiso volverse; ansiaba sentir los brazos del joven en torno a su talle.

—¿Donald? —murmuró al cabo de unos segundos.

—Lamento defraudarte, querida Dotty —dijo el recién llegado—, pero yo no soy el hombre a quien amas.

—¡Oh!

Dorothy se volvió, ahogando un grito de sorpresa y espanto al mismo tiempo. El general Miles estaba frente a ella, sonriendo sardónicamente.

Miles avanzó un paso. La muchacha retrocedió otro.

—¡No se acerque! —gritó.

Miles se detuvo.

—Es inútil que intentes resistirte, Dotty —dijo el general—. Lo quieras o no, vas a venir con nosotros.

Los ojos de la muchacha se desorbitaron al ver detrás de Miles a dos individuos de feo aspecto y estólido rostro, armados con metralletas ultrarrápidas. Más allá, y a través de la puerta, se divisaba el pulido casco de un vehículo volador.

—Acompáñanos —dijo Miles secamente.

Dorothy asintió. Sabía que era inútil toda resistencia.

—Te has convertido en traidora. Esto, como puedes comprender, sólo tiene una pena.

—Sí —dijo ella solamente.

—Sin embargo, es posible que todavía puedas evitarla —dijo el general.

—¿De qué manera?

—Siéntate y escribe lo que yo te dicte.

—¿Quiere tenderle una trampa a Donald?

—¿Tú qué opinas, Dotty? —sonrió Miles desdeñosamente.

—Si piensa que voy a venderle por salvar mi vida está loco —dijo serenamente la muchacha—. Puede matarme incluso aquí mismo; pero no le traicionaré a él jamás.

Miles suspiró.

—Las mujeres —dijo—. No se puede confiar nunca en ellas. En el momento menos oportuno se enamoran... y lo echan todo a rodar. Anda, escribe lo que te dicte.

Dorothy avanzó la barbilla.

—No.

Y después de una corta pausa añadió:

—Estoy dispuesta a ir con usted, general, a cualquier parte que me indique, pero no a traicionar a Donald. Él me ama y yo le amo; si usted comprende el significado de estas palabras sabrá de sobra lo que quiero decirle.

—En efecto —respondió Miles—; no es preciso que añadas una sola sílaba más. De acuerdo, no le digas nada. Vámonos.

Dorothy echó a andar, pero de pronto se detuvo.

—Un momento, general —dijo.

—¿Que te sucede ahora? —gruñó Miles—. ¿Te has arrepentido?

—Oh, no —sonrió ella encantadoramente—. Sólo que... no estoy muy presentable que digamos. ¿No podrían esperar unos minutos ahí fuera a que me arreglase un poco? Su llegada ha sido tan inesperada...

Miles estiró el dedo índice.

—Escucha, Dotty: si crees que nos vas a gastar una jugarreta, estás muy equivocada.

—La cabaña no tiene más que una puerta, general. Salgan, por favor

Miles acabó por acceder, no sin gruñir entre dientes. Dorothy cerró la puerta y entonces corrió hacia el televisor, abriéndolo. Puso en funcionamiento el transmisor, pero sin emitir ningún mensaje, limitándose únicamente a dejarlo conectado; así sabrían en la centralita que sucedía algo extraño y enviarían a alguien a investigar o bien acelerarían el regreso de Donald.

Una vez efectuada la operación, penetró en el lavabo,

arreglándose un poco para disimular. Salió fuera, cerró la puerta del televisor simulado y luego se dirigió hacia la salida.

—Estoy a sus órdenes, general —dijo, adoptando una expresión un tanto temerosa—. Por cierto, ¿cómo se las arregló para escapar de la catástrofe?

—Recobré el conocimiento no mucho más tarde de marcharos vosotros —contestó Miles—. Entonces supuse que Sherman trataría de desencadenar algún ataque contra nosotros y me largué de allí.

—Sin avisar a los demás —dijo ella ceñudamente.

—Claro. Tenía que dar la sensación de que todo había sido destruido y...

La voz del general se apagó. Pero había sido suficiente para que Dorothy se sintiera estremecida de espanto al comprender la suerte de todos aquellos individuos condenados deliberadamente a una muerte horrible por la ambición desmesurada de un hombre a quien no le importaban en absoluto las vidas de sus semejantes con tal de obtener sus propios y siniestros fines. Con el corazón sangrante, la muchacha embarcó en el disco volador.

* * *

Donald se apeó del helicóptero cuando ya las sombras de la noche invadían el lugar. Lo primero que hizo fue arrojar una mirada a su alrededor.

Una cosa que chispeaba atrajo la atención de su mirada. Al ver la antena fuera de la chimenea comprendió que había sucedido algo.

Corrió hacia la cabaña, abriendo rápidamente la tapa del televisor. Un rostro irritado le contempló desde la placa del visófono que había dentro del cajón.

—¡Sherman! —gritó el hombre—. ¿Qué ha hecho usted dejando conectado el visófono?

—No he sido yo, señor, pero, si no tiene inconveniente... enseguida se lo explicaré. Aguarde un momento, por favor.

Se incorporó, girando en redondo.

—¡Dotty! ¡Dotty!

Un sombrío presentimiento invadió su ánimo. Pronto pudo confirmarlo después de una rápida inspección de la cabaña y sus alrededores.

Restableció la comunicación.

—Se han llevado a la chica, señor —dijo.

El otro hizo una leve pausa.

—Está bien —dijo al cabo—. Trataremos de dar con ella.

—¿Qué hago yo mientras tanto? —protestó Donald.

—Espere órdenes —contestó el otro lacónicamente. Y cortó.

Donald se incorporó cejijunto y preocupado. Encendió un cigarrillo de modo maquinal y salió fuera.

Era ya noche cerrada. Sin embargo, había bastante luz debido a la luna llena que iluminaba claramente el ámbito circundante.

Donald miró unos segundos a la luna, como si quisiera preguntarle mentalmente sobre el paradero de la muchacha. De pronto se estremeció.

¿Qué era aquello? ¿Un grano en la plateada faz del satélite?

El supuesto grano creció rápidamente de tamaño. Al mismo tiempo se desplazó velozmente hacia la cabaña.

El joven se enderezó. Contempló la llegada del disco volante, el cual no tardó mucho en aterrizar en la explanada frontera.

Un hombre desembarcó del disco. Esta vez no trató de ocultarse con el resplandor del foco. Caminó hacia Donald.

—¿Sherman? —preguntó.

—Acérquese, Verdim —contestó el joven.

Los dos hombres se miraron frente a frente durante unos segundos. Luego, Donald se echó a un lado.

—Pase —dijo lacónicamente.

Verdim penetró en la cabaña, seguido por Donald. Éste preparó bebidas, pero Verdim rechazó la suya.

—Debiera saber que en Sirio no bebemos —manifestó.

Donald se encogió de hombros.

—Ignoro las costumbres de otros países… extraterrestres.

—Sin embargo, se las ha arreglado muy bien para combatir con gente de esos países —dijo Verdim.

—Claro. ¿Qué esperaba? —respondió el joven con desdén—. En la Tierra tampoco somos mancos.

—He tenido ocasión de comprobarlo personalmente —dijo Verdim—. Al menos, hemos de reconocer que no son cobardes.

—Gracias. Y ahora dígame a qué ha venido, ¿quiere?

—Le nombré embajador de Sirio, Sherman. Espero lo haya recordado.

—No lo he olvidado, Verdim. Y si quiere que le diga la verdad, he estado actuando como tal.

—¿De veras? —se burló el otro—. Aún no he podido tocar las consecuencias de esa actuación.

—Son de efecto retardado, Verdim. Por de pronto, y por si usted no lo sabe, hemos destruido una madriguera de sus enemigos. Totalmente, aunque por los informes que poseemos, su jefe pudo escapar a tiempo.

—¿Dónde estaba esa madriguera?

—En el fondo de una vieja mina que ellos habían ido acondicionando subrepticiamente durante muchos años, quizá más de veinte.

Verdim silbó.

—¡Vaya! Los de Procyon llevaban tiempo preparándose, ¿eh?

—Lo mismo que ustedes, Verdim, no nos engañemos.

Verdim respingó.

—¿Qué está diciendo, Sherman? —exclamó.

—Ya lo ha oído. Ustedes y los otros hace muchísimos años que se combaten, aunque no quizá de una manera descarada, excepto en ocasiones como la presente. Y todo ello es debido a que cada bando intenta poseer para sí, con exclusión absoluta de su rival, este planeta, y los restantes del sistema solar.

—Le dije la primera vez que nos vimos que no ambicionábamos una expansión territorial, sino solamente...

—¡Ta, ta! —se burló el joven—. Conozco la música, de modo que no es necesario que siga. Ustedes podrán desear eso que dice, pero no se les ha ocurrido consultar con nosotros, los terrestres. ¿No se han detenido a pensar en que también nosotros somos parte interesada?

Verdim pareció ofenderse.

—Si lo toma usted así, Sherman...

Hizo gesto como de marcharse, pero el joven le detuvo por un brazo.

—No se vaya usted. Espere todavía.

—¿Qué es lo que quiere de mí?

—¿Recuerda a la chica que estaba conmigo el día que usted llegó?

—¿Se refiere a la señorita Stuyvesh? Una muchacha

encantadora, sin duda alguna.

—Gracias en su nombre, amigo. Se lo dirá cuando la vea... y usted ha de ayudarme a encontrarla.

—¿Yo? ¿Por que he de ayudar yo a buscar a una...?

Verdim se cortó de pronto, rojo de ira. Donald soltó una risita.

—Siga, siga —exclamó—. Iba a decir una «procyniana», ¿no es así?

El otro intentó envolverse en una capa de ofendida dignidad.

—Me está achacando intenciones que no tengo, Sherman —dijo glacialmente.

El joven inclinó levemente la cabeza, mirando hacia el suelo.

—Amigo Verdim, conozco perfectamente sus intenciones y conozco también las de los otros. Pero ustedes, me refiero a los componentes de ambos bandos, debieran conocer también las nuestras.

—Está bien —manifestó el siriano—. Si tiene usted la bondad de expresárnoslas...

—Puedo decírselo en cuatro palabritas, amigo Verdim. Nuestras intenciones son las de no dejarnos embaucar por unos impostores que pretenden protegernos de unos supuestos conquistadores estelares. Lo mismo pretenden ustedes que los procynianos, es decir, penetrar en la Tierra como amigos para acabar como dueños y señores del planeta y de todo su sistema. Posiblemente ustedes y los otros son muchísimo más civilizados que nosotros, puesto que han conseguido, entre otras cosas, navegar infinitamente más rápido que la luz. Pero, a duros y tenaces y a valerosos y hasta a salvajes, cuando de defender lo que es nuestro se trata, no nos gana ningún otro pueblo de las estrellas, sea éste cual sea.

—Nuestras intenciones son enteramente pacíficas —protestó Verdim.

—¡A otro perro con ese hueso! Conozco la cantinela, amiguito, y no me dejo embaucar por ella. Lo único que tiene que hacer usted es meterse esto en la cabeza: sus armas son muy poderosas, pero nosotros tenemos una que es capaz de arrasar de un solo golpe sus dos flotas juntas, es decir, la siriana y la procyniana.

Verdim sonrió despectivamente.

—¡Fanfarronadas! —murmuró.

—Ría todo lo que quiera, Verdim —dijo el joven sin inmutarse

—. Poseemos el arma y estamos dispuestos a utilizarla contra usted y contra sus enemigos.

—No lograrán nada...

—Es malo confiar en las propias fuerzas, menospreciando las del enemigo por pequeño que parezca. Aquí, incluso una hormiga puede vencer a un elefante, aunque usted no lo crea, y le ahorro la descripción de esos dos animales porque ya lleva suficiente tiempo merodeando en torno al planeta para conocerlos sobradamente. A propósito —dijo Donald de pronto—, ¿por qué se han disfrazado ustedes?

—¿Disfrazarnos? ¿Nosotros? —contestó el otro, muy sorprendido.

—Oh, dispense, fue una pregunta sin importancia, amigo Verdim. Bien, creo que ya hemos hablado suficiente.

—¿Me está echando de aquí?

—Jamás cometería semejante grosería, amigo Verdim. Lo único que quería decirle es que, por ahora, nuestra conversación puede darse por terminada.

Levantó el puño y lo estrelló contra el mentón de Verdim.

Cogido por sorpresa, el siriano se desplomó sin conocimiento a los pies del joven.

CAPÍTULO VIII

Después que hubo atado al siriano como una salchicha, lo depositó en uno de los sillones de su aparato volador, él en el contiguo. Acto seguido empezó a tantear cuidadosamente los instrumentos del tablero de mandos.

El aparato arrancó hacia arriba con tal brusquedad, que Donald pensó que se dejaba el estómago pegado a la orilla del lago. Echó hacia atrás la palanca que había movido y el disco se precipitó hacia el suelo con velocidad aterradora.

—¡Mi madre! —exclamó —. Me voy a convertir en una tortilla.

Torció la palanquita y el aparato frenó su caída, empezando a volar en sentido horizontal, con más velocidad aún, si cabía. Por un

momento le pareció que iba a estrellarse contra las copas de los árboles, pero en el instante oportuno consiguió evitar el choque, remontándose ahora con mayor suavidad.

Ejecutó unas cuantas maniobras, hasta que hubo adquirido cierta práctica en los mandos del disco. Lo único que le resultaba incomprensible eran los signos gráficos escritos sobre cada control, y que, indudablemente, pertenecían al lenguaje propio del país de Verdim.

Finalmente, empezó a ascender, procurando dar al aparato una buena velocidad, alimentándola más todavía al darse cuenta que se hallaba ya fuera de los límites de la atmósfera. Rió para sí al darse cuenta de que se hallaba a bordo de un «platillo volante» de los que tanto habían dado que hablar durante el medio siglo precedente.

Entonces advirtió que Verdim había recuperado el conocimiento.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Se encuentra ya mejor?

El otro le miró airadamente.

—Esto que ha hecho conmigo es inicuo —gruñó.

—Pues, ¿qué se creía? —sonrió Donald—. Cada uno se defiende como mejor puede. Oiga, ¿no tiene este artefacto un aparato de radio o algo por el estilo? Tendría que hablar con mi jefe en tierra…

—Si me suelta, se lo indicaré —dijo el prisionero.

Donald titubeó un segundo.

—Está bien —dijo—, pero sólo una mano. Y tenga presente una cosa: al primer movimiento sospechoso que haga, le frío la sesera, ¿me entiende?

Y sacó un brillante y anticuado revólver, cuyo cañón metió bajo las narices de Verdim.

—Esto es un revólver —dijo—. Viejo y ruidoso, pero eficaz, tanto como su maldito destructor de materia.

—Le prometo portarme bien —dijo Verdim.

—Bueno —contestó Donald, empezando a desatarle.

Con la mano libre, Verdim indicó al joven lo que debía hacer. Finalmente, al rabo de un buen rato, Donald consiguió establecer la comunicación. No hubo imágenes, pero se advertía claramente el enojo de su interlocutor.

—Sherman —aulló el hombre—, ¿no le dije que esperase en la cabaña?

—Sí, señor; pero tuve una visita inesperada y juzgué oportuno

salir un poco de paseo.

—¡De paseo! —bufó el jefe—. De paseo. ¿Y por dónde, si puede saberse?

Donald se inclinó a un lado para poder mirar mejor. El disco de la Tierra le tapaba una buena parte del horizonte visible.

—Mire, jefe —respondió—, en este momento creo que debo estar a unos setecientos kilómetros de altura. ¡Hum! Eso que veo por ahí abajo parece la costa de África.

—¡África! ¿Se ha vuelto loco, Sherman? Le dije que seríamos nosotros los que buscaríamos a la chica. Usted tenía que esperar órdenes en la cabaña. Vuelva inmediatamente.

—No puedo, señor. Estoy atado al sedal.

Sonó un alarido que hizo vibrar todos los vidrios de la cabina.

—¡Loco! ¡Está loco de remate! ¿Qué diablos quiere decir con eso de que está atado a sedal?

—Pues, sencillamente, señor, lo mismo que un gusano que sirve de cebo para el pescador. Eso soy yo en este momento, ¿me comprende? —y, alargando la mano, cortó la comunicación.

Verdim le miró ceñudo.

—¿Pretende decir que está paseando por el espacio solamente para dejarse coger prisionero, Sherman? —inquirió.

El joven se echó hacia atrás en el asiento y prendió fuego a un cigarrillo.

Dijo:

—Justamente eso, Verdim. No es agradable la sensación de sentirse prisionero y no poder hacer nada por evitarlo, ¿verdad?

—Los procynianos nos matarán —aulló Verdim, blanco de ira—. Disparan sobre toda nave siriana apenas la divisan.

Donald señaló el cuadro de instrumentos.

—Manéjelo usted —dijo— y deje conectada una señal de rendición para cuando seamos avistados por una nave enemiga. Supongo que en su mundo conocerán la palabra rendición, ¿verdad?

—Si un día le pesco con las manos sueltas le romperé media docena de costillas, Sherman —masculló Verdim, rabioso. Pero hizo lo que le había dicho.

Media hora más tarde, el detector empezó a señalar la presencia de naves enemigas en las cercanías. Donald se irguió en el asiento, contemplando la pantalla.

—Ah, ya era hora —exclamó. Miró de soslayo a Verdim—. A partir de este momento le dejo la iniciativa, pero —añadió, blandiendo el revólver— cuidado con las jugarretas. No viviría usted mucho tiempo después para contarlo.

—Si nos cogen prisioneros los procynianos mi vida durará bien poco, descuide —rezongó Verdim.

Pronto se hicieron visibles las naves enemigas. Eran siete y rodearon la que ocupaba la pareja por todas partes, manteniéndose a la expectativa.

—Dígales —murmuró Donald en voz baja— que deseamos ver a su jefe. Tenemos algo importante que comunicarle.

Verdim asintió y empezó a hablar, dirigiéndose a una extraña placa de forma octogonal, con rejilla cuadriculada. Donald no pudo entender lo que decía, pero inmediatamente advirtió un ligero revuelo en las naves que les rodeaban.

—Dicen que las sigamos —manifestó Verdim.

—¿Hacia dónde?

El siriano se encogió de hombros.

—No han querido decir más —respondió.

—Está bien —contestó el joven—. Maneje usted. ¿Puede hacerlo con una sola mano?

—Mejor me irían las dos —gruñó Verdim.

—Apáñese como pueda con una sola —contestó Donald—. De todas formas, no tengo prisa, ¿sabe?

Verdim puso en marcha la nave, que durante todo el tiempo había estado girando en torno a la Tierra, y la desvió de la órbita seguida hasta entonces. La navecilla fue adquiriendo velocidad y a medida que avanzaba, el planeta se empequeñecía más y más.

Un puntito brillante apareció a lo lejos, aumentando de tamaño rápidamente

—Es el cohete de vuelta a la Tierra —dijo Donald—. Regresa de la Luna.

Verdim hizo un gesto despectivo.

—Sí, ya lo sé, somos más anticuados que ustedes. Pero cuando les demostremos el arma que guardamos en reserva, verá que ese supuesto atraso científico carece de fundamento.

De pronto, la imagen del cohete lunar empezó a difuminarse. Osciló ligeramente durante unos momentos y luego fue

disolviéndose hasta desaparecer del todo.

—¡Eh! ¡Oiga! —gritó Donald—. ¿Qué le han hecho al cohete ése?

—Nada —respondió el otro—. Simplemente nos hemos hecho invisibles e indetectables. No conviene que nos descubran, ¿comprende?

—Y así lo han estado efectuando desde tiempo inmemorial, ¿eh? ¿Cuánto tiempo lleva usted merodeando por estos andurriales, Verdim?

—Quince años, más o menos.

—¿Y durante ese tiempo no ha sentido deseos de ver alguna vez a la familia?

El otro se encogió de hombros sin querer contestarle. Mantuvo la vista fija en el tablero de mandos con gesto obstinado.

Como dos horas después, una enorme masa metálica que resplandecía en el espacio por centenares de lucernas salió al encuentro de la navecilla.

Era un enorme satélite artificial, situado a unos veinticinco mil kilómetros de la Tierra, pero muy desviado de la órbita habitual seguida por las astronaves terrestres. El gigantesco satélite, de forma esférica, cuyo diámetro calculó el joven en casi quinientos metros, estaba envuelto en una tenue capa difusa que a primera vista daba la sensación de ser su atmósfera propia, pero que -más tarde tendría ocasión de saberlo- no era sino la envolvente antidetectora que le servía para pasar inadvertido a las estaciones de registro de la Tierra.

Verdim disminuyó la marcha de su nave de acuerdo con las instrucciones que le daban los aparatos de escolta. Éstos le fueron guiando hasta que el enorme globo del satélite extraño ocultó el espacio a su vista.

Entonces se abrió una gran compuerta y salieron dos largos brazos, provistos de manos mecánicas con ventosas imantadas en el lugar donde deberían haber estado las «yemas» de aquellos dedos gigantes. Las manos atraparon el aparato y lo zambulleron dentro de la esclusa, cuya compuerta exterior se cerró en el acto.

Pasaron dos largos minutos. De súbito una puertecilla se abrió en el fondo de la esclusa y dos hombres armados avanzaron hacia la navecilla.

Los individuos iban sin escafandra, lo que dijo al joven que se había restablecido la presión normal atmosférica en la esclusa. Entonces, Donald levantó la cúpula.

—Oiga, ¿es que piensa dejarme aquí? —protestó Verdim.

—Usted ha sido el conductor de mi automóvil —contestó el joven reflexivamente—. Espere a que yo haya hablado con el jefazo máximo de este cacharro.

Y saltó al suelo.

Tardó un poco más que lo habitual en llegar, porque aquel satélite estaba a media gravedad. Al tocar el piso se enfrentó con dos individuos.

—Soy Donald Sherman, de la Tierra, y quiero hablar con vuestro jefe —dijo en tono imperativo.

—Hemos venido a llevarle a su presencia —contestó uno de ellos —. Síganos.

Donald asintió, echando a andar en medio de los dos. Franquearon la puerta, saliendo a un espacio atestado de puentes, escaleras y cubiertas de toda índole, las cuales se cruzaban y entrecruzaban hasta perderse de vista tanto por arriba como por abajo.

Pero ellos no treparon por ninguna escalera. Atravesaron el puente más cercano, que concluía en un enorme tubo vertical que cruzaba todo el ámbito de la colosal nave de arriba a abajo.

Alguien abrió otra puerta en el tubo. El trío penetró en un ascensor, que empezó a perder altura de inmediato.

El descenso duró aproximadamente dos minutos, al cabo de los cuales salieron fuera, hallándose en una espaciosísima habitación, cuya única ventana, cosa curiosa, era el suelo, a través del cual podía verse el impresionante espectáculo de la Tierra flotando en el espacio.

Donald se mareó un poco a consecuencia de la extraña sensación que suponía para él hallarse en una estancia de suelo semejante. Le pareció por unos momentos que flotaba en el vacío y que en cualquier instante podía caer hacia el planeta, mas no tardó en rehacerse.

Se enfrentó con el hombre que había en la estancia, de pie, en uno de los lados de la misma.

Dio su nombre y dijo:

—Si es usted el jefe de todo esto, deseo decirle algo en nombre de la Tierra.

El individuo era alto, apuesto, relativamente joven y de gallarda presencia. Su rostro le recordó a Donald una cara conocida, pero no pudo hallar el parecido por el momento, a pesar de sus esfuerzos por recordar.

—Encantado de conocerle, señor Sherman —dijo el hombre, en cuyo traje, de un brillante tejido plástico, se veían unas extrañas insignias—. Me llamo Affario y tengo el grado de lo que en su planeta llamarían ustedes teniente general. Efectivamente, soy el jefe de las fuerzas procynianas y me alegra mucho poder tratar con usted.

—Lo celebro —dijo el joven fríamente—. Y ahora que ya nos conocemos, pasemos al asunto que me ha traído aquí.

—Conforme —dijo Affario—. ¿Quiere usted sentarse?

Donald denegó con la cabeza.

—Gracias. Voy a ser breve, de modo que no es necesario. Escúcheme, general; nosotros, los terrestres, es decir, un círculo elegido, conocemos sus intenciones. Olvídenlas, vuélvanse a su país o a su estrella, dondequiera que vivan. Déjennos a nosotros en paz con nuestros problemas.

—Sólo tratamos de ofrecerles protección contra los sirianos, señor Sherman.

—Rechazamos tal protección, que sólo encubre sus verdaderos propósitos de conquista, como igualmente hemos rechazado los ofrecimientos de los sirianos. Ustedes y ellos se han creído que la Tierra es una especie de gran premio para sus ambiciones. Pero nosotros no estamos dispuestos a ser ofrecidos en una pública subasta de «a ver quién diablos tira más bombas atómicas», ¿me comprende?

Affario sonrió benignamente.

—Le entiendo perfectamente, amigo Sherman. ¿Me permite que le dé ese nombre? He oído hablar mucho y muy bueno de usted, ¿sabe?

—¡Cómo se nota que no pidió informes míos al director del «Eldon Courrier»! —dijo el joven con sorna—. Bien, general, ¿qué es lo que decide usted?

Affario simuló meditar.

—De sus palabras, amigo Sherman —dijo al cabo— infiero que si intentásemos algo contra ustedes, se defenderían enérgicamente por todos los medios a su alcance, ¿no es así?

—Cierto, general.

—Sus armas son muy pobres comparadas con las nuestras, Sherman.

—Tenemos una infalible, general.

Affario sonrió desdeñosamente.

—Muéstremela —pidió—. No será ese anticuado revólver que lleva a la cintura, ¿verdad?

—Oh, no; sólo lo usé por... bueno, ¡qué importa ahora! General —exclamó el joven con impaciencia—, estoy esperando su respuesta.

El procyniano se envaró.

—No puedo dársela en tanto no tenga la absoluta seguridad de que los sirianos han abandonado el campo también —dijo.

—Ellos recibirán una intimidación semejante, téngalo por seguro, general.

—Me gustaría saberlo de fijo, Sherman.

El joven meditó unos segundos.

—Dentro de quince días podré decírselo con toda exactitud, señor.

—¿Por qué quince días?

—Es el tiempo que necesitamos nosotros para poner nuestra arma a punto, señor.

—Ah —sonrió burlonamente Affario—. ¿Y me lo dice así, tan tranquilo? ¿No teme que nosotros pasemos al ataque sin esperar al término de esos quince días?

—En absoluto —contestó el joven con firmeza.

Affario exclamó:

—Muy seguro está de ello, amigo mío.

—Y tanto —respondió Donald sonriendo—. Ustedes no atacan porque en el momento en que lo hiciesen los sirianos se lanzarían también al ataque, pero no contra nosotros, sino contra ustedes, para defendernos de su asalto. Y a su vez, ustedes, caso de que fueran los sirianos los primeros en desencadenar las hostilidades contra la Tierra, se lanzarían contra ellos, sin reparar en las pérdidas. Están manteniendo en la actualidad un «status quo», cuyo

equilibrio no se atreve a alterar ninguno de los dos contendientes. Vamos, que hacen como el perro del hortelano: ni comen ni dejan comer.

—Una descripción muy gráfica del estado de cosas, Sherman —aprobó el general—. ¿Debo, pues, deducir de sus palabras que debemos levantar el campo y partir de las inmediaciones de su sistema solar en el acto?

—Les doy quince días, general; ése es el plazo que -ya lo he dicho antes- necesitamos para perfeccionar nuestra arma.

—Está bien —dijo Affario—. Y suponiendo que accediésemos a retirarnos, ¿harían lo propio los sirianos?

—Espero que sí.

—¿Cómo lo conseguirá usted, Sherman?

—Tengo el encargo de mi jefe de convocar a los jefes de ambos bandos a una conferencia que se desarrollará en terreno neutral y en la cual expondremos a ambos los resultados prácticos del arma que le he dicho antes.

—¿Terreno neutral? ¿Y dónde, si puede saberse, Sherman?

—En la Luna, señor —Donald consultó su reloj-calendario—. Estamos a veintitrés de septiembre. Pues bien, dentro de quince días, exactamente el ocho de octubre, usted, acompañado por dos hombres de su séquito, nombrados libremente, se encontrará en las inmediaciones del Puesto Número Tres, situado en Cabo Enarium, al este del cráter Arzaquel, en el de las Nubes. Idéntico aviso recibirán los sirianos, cuya embajada se encontrará allí con la nuestra -y con la suya, por supuesto- en la fecha señalada.

—Estaré allí —dijo—. Gracias por sus palabras, señor Sherman.

—¿Dónde está Dorothy, señor?

CAPÍTULO IX

D

onald regresó lleno de furia, con los ojos echando lumbre, a la esclusa donde le aguardaba Verdim en la cabina de la nave. Penetró en la misma y, sin mediar palabra, le atizó un buen golpe en plena nariz.

Verdim lanzó un aullido de dolor. Quiso defenderse, pero el joven le atenazó la mano libre, volviendo a atársela, antes de que el estupefacto prisionero hubiese sido capaz de reaccionar ante lo que ocurría.

—¿Por qué me hace eso? —gruñó Verdim, irritadísimo—. No le he causado ningún mal; le traje hasta aquí, como me pidió, y usted...

—Cierre el pico —contestó el joven abruptamente—. Ahora acabo de ver claro del todo.

—No le entiendo...

—Me entenderá enseguida, Verdim, y más cuando le diga que debe llevarme sin falta a presencia de su jefe, el general Miles o como quiera que se llame ese repugnante individuo.

Verdim apretó los labios.

—Me niego a ello —declaró.

Entonces, el joven disparó su mano y atenazó con ella el apéndice nasal de su prisionero.

—¿Quiere que le deje sin rostro, Verdim? ¿Le gustaría verse tal como es... en lugar de continuar con este aspecto humano que tanto les agrada a usted y a todos los de su condenada ralea?

—Suélteme —gimoteó el prisionero.

—¿Me llevará a presencia de Miles?

Verdim vaciló.

—Me... le sabrá muy mal si lo hago, Sherman.

—Peor le sabría a usted verse sin esa máscara tan parecida a un rostro humano terrestre. Creo, incluso, que preferiría ser lanzado al espacio sin escafandra, ¿verdad?

Verdim asintió resignadamente.

—Es cierto —declaró, vencido. De pronto se irguió en el asiento —: No, nunca nos ha gustado a los procynianos tener este aspecto... al menos, desde que descubrimos el humano... como el suyo y el de los sirianos.

—Y se presentó como siriano, siendo de otro mundo —declaró el joven desdeñosamente.

Los ojos de Verdim llamearon. Pero Donald sabía ahora que el fuego que se veía en aquellas pupilas procedía de los ojos que había bajo la máscara de carne sintetizada que era el rostro del individuo.

—Claro —declaró Verdim—. Teníamos que conseguir un objeto

y ¿por qué reparar en medios?

—Debiera haber creído a Shelett y a Timor cuando desenmascararon a uno de los suyos. Seguro que fue usted el que los aniquiló, ¿no es así?

Verdim apretó los labios. Donald admiró la increíble perfección de la máscara.

—¿Todo su cuerpo es como... la cara? —preguntó, interesado.

—No. Sólo el rostro. El resto del cuerpo es como el suyo, aunque muy pálido.

Donald meditó unos segundos.

—Eso tendría fácil arreglo con unas cuantas sesiones de rayos ultravioletas... o dos semanas de estancia en una playa soleada. Pero lo otro... Bien —dijo al cabo—, partamos de aquí cuanto antes.

—¿Qué es lo que pretende hacer en... con mi jefe?

Donald cerró la cúpula.

—Usted, ¿qué cree? Ponerle las peras a cuarto, naturalmente. Vamos, andando; ya están abriendo la esclusa.

Volvió a soltarle la mano para que condujese el aparato, pero sin descuidar en ningún momento la vigilancia.

Tres horas más tarde, se hallaban al costado de otra nave similar, aunque de tamaño mucho más pequeño que la otra que habían visitado. Donald se dio cuenta de que si bien los radares terrestres no las detectaban, o lo hacían en pésimas condiciones, aquellas naves, en cambio sí podía ser registrada su presencia por los detectores de los discos voladores, cosa que indicaba un nuevo sistema de detección, tanto en la naturaleza de los rayos emitidos como en los aparatos encargados de hacerlo.

El aparato, como la vez anterior, fue introducido en una esclusa, aunque no por medio de unos brazos mecánicos, sino por la maniobra de Verdim. Al penetrar dentro del otro satélite, Donald liberó por completo de sus ligaduras al prisionero.

—¡Ea! —exclamó—, ya está en casa. Lléveme a presencia de su condenado general Miles.

—Le aseguro que lo vamos a pasar muy mal —afirmó Verdim—. Tiene un genio pésimo.

—Hay que ver el mío cuando me enfado en serio —comentó el joven volublemente.

Esperaron a que se hiciese la presión normal en la esclusa.

Entonces salieron fuera del aparato.

Unos minutos más tarde, estaban a presencia del general Miles. Éste les recibió afectando sarcasmo.

—¡Mis queridos amigos! —exclamó—. En especial, el agente Donald Sherman. ¿Cómo se encuentran?

—Estupendamente, como puede ver, pese al hecho de encontrarme a unos cuantos miles de kilómetros de la Tierra —contestó el joven—. Y eso que padezco de vértigo.

—Bueno —contestó Miles con negligencia—, eso no es más que una cuestión relativa. Si no se da cuenta de que está en alto, no podrá marearse. Ahora no lo parece, ¿verdad?

—Es que me voy acostumbrando —dijo Donald con amabilidad.

Miles y el joven se miraron fijamente.

—¿Y bien? —exclamó el primero—, supongo que no habrá venido aquí para hablarme de sus dolencias, ¿verdad, Sherman?

—En absoluto —contestó el joven—. El objeto de mi visita es intimarles a que se vayan de las inmediaciones y se vuelvan a su sistema solar, abandonando la idea de sojuzgarnos. Los sirianos ya están enterados de ello, general.

—¿Y qué han contestado? —preguntó Miles, interesadísimo.

—Se muestran reticentes, claro. Pero yo les he amenazado, como les amenazo a ustedes, con utilizar nuestra arma si dentro de quince días no indican propósito de marcharse.

—¿Qué sucederá si no lo hacemos, Sherman?

—Puede imaginárselo. Su presunta invasión o lo que sea, fracasará rotundamente.

Miles soltó una sonora carcajada.

—¿Cómo piensan arrojarnos? ¿A escobazos?

—Con algo muchísimo peor… y quizá más barato todavía que una escoba, general —respondió Donald, sin inmutarse. Se volvió hacia Verdim—. Repítale usted lo que he hablado con el jefe de los sirianos, el general Affario, Verdim.

Éste lo hizo así. Mientras hablaba, Miles escuchó atentamente, abriendo y cerrando las manos convulsivamente.

Al terminar, volvió a mirar al joven.

—Es decir —exclamó—, que están resueltos a utilizar su arma, ¿no es así?

—Cierto, general, y ya puede dar por seguro de que será

infalible. Su flota y la de Affario disponen, que yo sepa, de centenares y aun millares de naves que andan merodeando por el cielo. Todas esas naves quedarán inutilizadas dentro de dos semanas, con sus ocupantes, si antes no han emprendido el regreso a sus mundos respectivos.

—Nuestras armas son poderosísimas —afirmó Miles con orgullo—. Podemos destruirles a ustedes con la mayor facilidad, sin que puedan oponer la menor resistencia.

Donald sonrió desdeñosamente.

—Afirmación un tanto prematura —dijo—. Ya vio cómo arruinamos la guarida de las cercanías del Lago Ozarks. Y llevaban tiempo preparándola, ¿verdad?

El rostro de Miles se coloreó vivamente.

—Está bien —dijo—. Nos encontraremos dentro de quince días en las inmediaciones de Arzaquel, pero ni por un momento sueñe usted en que nos vayamos. Este sistema será nuestro y lo conseguiremos por encima de todo.

—Podríamos evitarlo aliándonos con los sirianos, pero es que tampoco queremos caer en sus garras. A fin de cuentas, pretenden lo mismo que ustedes y eso no nos conviene a nosotros, los terrestres. Queremos ser libres e independientes y, si hace al caso, entablar unas relaciones pacíficas y fructíferas entre unos y otros, pero nunca en plan de inferioridad con respecto a ninguno de los dos bandos, ¿me comprende usted?

—Si esa arma que dicen ustedes es tan poderosa, también nosotros podríamos aliarnos con los sirianos y derrotar a los terrestres, Sherman. ¿Se le ha ocurrido tener en cuenta semejante posibilidad?

—Sí. Pero ellos no quieren ni oír hablar de ustedes, de modo que ya puede pensar en otra forma de ataque, si es que desea triunfar. —Donald soltó la carcajada—: Es curioso; tanto unos como otros ambicionan hacerse con la Tierra como planeta conquistado, pero ninguno de los dos bandos es capaz de lanzarse al ataque, temiendo las represalias del otro. Esto nos protege mejor que cualquier otra clase de arma, ¿verdad?

Miles dijo:

—Pero no siempre hemos de estar manteniendo este precario equilibrio. Un día u otro la balanza se decantará a un lado y

entonces…

—Para cuando llegue ese día ya le habremos arrojado a usted y a sus sicarios de aquí. Y a los otros también, general —contestó Donald con voz firme.

—Basta ya —exclamó Miles—. Me doy por enterado de su intimación, Sherman. El día ocho de octubre estaré allí con dos personajes de mi séquito. Tendré mucho gusto en ver la demostración de su nueva arma.

Donald sonrió burlonamente.

—Le aseguro que tendrá un éxito bárbaro, general. Y ahora —de pronto su gesto se hizo duro y la sonrisa se borró de sus labios—, devuélvame a la chica.

Miles sacudió la cabeza.

—La tengo aquí como rehén, pero no pienso soltarla hasta el día de la conferencia en Cabo Enarium.

—Se equivoca, general —dijo Donald fríamente—. Voy a llevármela ahora mismo. —Y sacó el revólver a relucir.

En el primer momento, Miles respingó. Después se echó a reír.

—¡Vaya! Cree que puede intimidarme con un arma tan primitiva —dijo—. ¿Sabe que si yo quiero puedo impedir que dispare?

—¿Cómo? ¿De qué manera? —inquirió el joven, muy intrigado, al parecer.

Miles metió la mano bajo la mesa un instante. Luego puso los codos sobre la misma y apoyó la barbilla en las manos, mirándole de hito en hito.

—¡Adelante, héroe! Dispare y máteme… si puede.

Donald apretó el gatillo un par de veces. Se oyeron claramente los «¡clocks!» del percutor contra una cápsula cuyo contenido no se inflamó.

Miles volvió a reír.

—Su pólvora no es ahora más que un poco de tierra no inflamable ni aun echándola al fuego, Sherman. Ya ve que ese revólver no puede ser una amenaza para mí.

—¡Caramba! —exclamó el joven, sinceramente asombrado—. Pues es verdad. —Y miró y remiró el revólver, haciendo, incluso, girar el tambor de los cartuchos— Sí que tienen ustedes armas maravillosas, general. De todas formas —su voz se hizo dura de repente—, mire a ver si puede con ésta.

Donald alargó la mano armada con el revólver y apretó el gatillo. Por la boca del arma salió un chorro de un líquido blanquecino que fue a dar de lleno en el rostro del general.

Miles lanzó unas cuantas palabrotas al recibir el chorro en las narices. Se puso en pie, pero inmediatamente se derrumbó sobre el sillón, completamente inerte.

Verdim se espantó.

—¡Sherman! ¿Qué es lo que le ha hecho?

El joven sonrió ampliamente.

—Ya le he dicho -o me parece que lo hice- que no es prudente menospreciar al enemigo pequeño. No, no está muerto, solamente narcotizado. Dormirá un buen rato, a lo que parece. ¡Pólvora convertida en tierra! ¡Puah! ¡Si no traía cartuchos con bala!

Se volvió hacia Verdim.

—En ausencia del general, ¿quién es el jefe?

—Yo —declaró Verdim.

—Está bien. Haga que nos conduzcan a presencia de la muchacha y que la liberen de inmediato.

—Este satélite está lleno de gente —declaró Verdim—. ¿Sabe que puedo dar una voz y hacer que le cojan prisionero?

—Sí, pero no lo hará.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Verdim, asombrado.

Donald le palmeó el hombro.

—Usted, en medio de todo, es una persona decente, no como ese tipo que yace ahí.

Verdim arrojó una mirada de cólera al durmiente.

—Tiene razón —dijo—. Vamos.

Cinco minutos más tarde, un procyniano abría una puerta. Dorothy estaba sentada en el borde de una litera y se puso en pie.

—Vamos, chica —dijo Donald—, sal a dar un abrazo a tu amor.

—Oh —exclamó ella, corriendo hacia el joven y colgándose de su cuello.

Mientras se besaban, Donald le guiñó un ojo a Verdim.

Luego se separaron.

—Bien —dijo el joven—, es hora ya de que volvamos. Acompáñenos hasta la esclusa, ¿quiere, Verdim?

—Con mucho gusto.

Donald y Dorothy caminaron estrechamente enlazados. Una vez

allí, se dispusieron a embarcar en la nave.

El joven se extrañó de que Verdim no les acompañase.

—Yo me quedo aquí —dijo—. Tengo que hablar algo con Miles cuando se despierte.

—Está bien —contestó Donald—. Pero no sea demasiado severo con él.

—Eso es cosa mía —contestó el otro enigmáticamente.

Donald cerró la cúpula. Luego miró a la muchacha. Dijo:

—Maneja tú, ¿quieres?

Dorothy asintió. Apoyó las manos sobre los controles y cuando la esclusa se hubo abierto, sacó el aparato al espacio.

—¿Dónde quieres que vayamos? —inquirió la muchacha.

—Yo, a mi cabaña. Tú, con los tuyos, supongo —contestó él.

Ella asintió, mordiéndose los labios. Vaciló un segundo, pero no tardó en colocar a la navecilla en una órbita de aproximación a la Tierra.

Donald sentía separarse de la muchacha.

Varias horas más tarde, cuando ya el sol lucía esplendorosamente sobre el planeta, la nave aterrizó en la explanada de la cabaña. Los dos jóvenes se despidieron.

—He de volver con los míos —declaró ella tristemente.

—Claro —contestó Donald.

Dorothy estaba muy triste.

—Volveremos a vernos, supongo —dijo ella, sin ninguna convicción.

—Por supuesto. Dentro de dos semanas. En Cabo Enarium, ¿no lo recuerdas?

Dorothy asintió. De pronto, dio la vuelta y se metió en la nave. Ésta arrancó velozmente y unos segundos después había desaparecido.

CAPÍTULO X

D

os semanas más tarde, la agitación en torno al Puesto Número Tres era extraordinaria.

El Puesto estaba rodeado de terrestres vestidos con escafandra de vacío, los cuales custodiaban celosamente el punto de alunizaje. En la pista se veía un par de cohetes de la Tierra, brillando con cegador resplandor bajo la luz del sol que empezaba a salir por el Oeste.

Todos estaban atentos.

De pronto, se produjo una pequeña agitación. En todos los receptores individuales de las escafandras, sonó una voz:

—Atención, acaba de ser detectada una nave extraña. Precaución Número Dos.

Los guardias aprestaron sus armas. Pronto pudo divisarse a simple vista un disco plateado que descendía con rapidez hacia la pista de alunizaje.

Cuando el disco se hubo detenido, la cúpula se abrió y tres personas, también equipadas con trajes de vacío, saltaron al suelo.

Un individuo se adelantó para recibirles. Habló brevemente con ellos y luego les condujo, en un tractor descubierto, hacia las cúpulas del puesto que se veían no lejos de allí.

La segunda nave llegó minutos más tarde, empleándose el mismo protocolo para recibir a sus ocupantes. Un cuarto de hora después, la reunión estaba lista para dar comienzo.

Donald hizo las presentaciones, disimulando el asombro que le causaba la ausencia de Miles. En su lugar, había venido Verdim con dos compatriotas. Por parte de los sirianos, los asistentes eran Affario, Dorothy y otro.

—Señores —dijo, dirigiéndose a sus visitantes, los cuales ocupaban lugares opuestos de la gran mesa redonda donde se celebraba la conferencia—, tengo el gusto de presentarles al señor Marchessi, por parte de la Federación Occidental; al general Vladimir Nadikov, por la Unión Oriental, y al señor Nidehru, por la Tercera Fuerza Terrestre. También está con nosotros el coronel Blade, jefe del SIE —y al pronunciar estas iniciales miró significativamente a la muchacha.

Dorothy se puso muy colorada, pero no dijo nada. Donald continuó:

—Tengo autorización para hablar por mi planeta. A todos ustedes, los de Sirio y de Procyon, les diré una vez más lo que pensamos de ustedes. No nos gustan como conquistadores. Como

amigos, lo que quieran. En plan de dominadores, nada en absoluto. ¿Me han entendido?

Verdim dijo:

—Nuestro pretendido dominio sobre ustedes no era el que se suponen, sino, simplemente...

—Basta —levantó el joven la mano—. Hemos tenido ya las suficientes pruebas como para conocer cuáles son sus intenciones reales. Rechazamos de plano cualquier sugestión en ese sentido. Y lo mismo le digo a usted, general Affario.

—Saben que, si quisiéramos, podríamos reducirles a la impotencia en pocas horas —contestó el aludido.

—Es posible. Pero para ello se necesitaría que contasen con las fuerzas suficientes.

Affario sonrió desdeñosamente.

—¿Insinúa usted que no somos capaces de derrotarles, Sherman?

—No lo insinúo, lo afirmo rotundamente. Es más, en este momento, los vencidos son ustedes.

Verdim respingó. Affario, más dueño de sí mismo, se mantuvo impasible, con una ligera expresión de ironía en su rostro.

—Demuéstrelo, ¿quiere?

—Con mucho gusto, general —contestó el joven.

Se levantó de su asiento, dirigiéndose hacia un receptor de radio que había en uno de los extremos de la habitación. Dio media vuelta al interruptor y al instante empezó a oírse la voz de un locutor dando noticias.

«... Un fenómeno extraño se está produciendo en estos momentos en nuestro planeta. Los rumores de una invasión extraterrestre de la cual se venía hablando en voz baja en los últimos tiempos, acaban de ser confirmados. Centenares, millares de pequeñas astronaves, bajan continuamente del cielo, ocupadas cada una de ellas por cinco o seis personas, las cuales se mezclan de inmediato con la población civil, que se muestra encantada de acoger a estos visitantes del espacio que vienen a nosotros con afecto y simpatía. La inmensa mayoría de las naves ha tomado tierra en zonas claramente delimitadas, como son la costa Oeste de los Estados Unidos, en la soleada California; en Miami, Florida, en el Norte de África; pero donde más visitantes hay es en el sector mediterráneo que va desde Gibraltar a Atenas. Sólo en este trozo se calcula que han aterrizado entre cinco y seis mil "platillos volantes",

cuyos tripulantes se extienden por los lugares ribereños, ávidos de disfrutar del sol y del mar, cosas ambas, al parecer, completamente extrañas para estos simpáticos huéspedes espaciales, la mayoría de los cuales, jóvenes y apuestos, parece tienen gran éxito entre las muchachas terrestres.

Un buen número de ellos, sin embargo, pregunta por los médicos especialistas en cirugía estética y el locutor, a su vez, se pregunta, ¿para qué necesitan arreglarse la cara unos tipos tan perfectos como éstos que, nunca mejor aplicada la frase, acaban de llovernos del cielo?...»

Donald cerró la llave de la radio y regresó junto a su mesa. Sonrió anchamente, mirando a unos y a otros.

—Ahí tienen nuestra arma secreta —dijo—. Todos sus hombres, mediante una hábil propaganda, están ahora en la tierra, disfrutando de los placeres que podemos ofrecerles. Vienen ustedes de unos planetas sombríos y oscuros, ¿qué otra cosa podían hacer unos muchachos anhelantes de sol, luz y agua? Estoy seguro de que en el momento actual no les queda una nave siquiera en el espacio. Además, las que han aterrizado están siendo objeto de una total y cuidadosa recogida por fuerzas especiales nombradas al efecto. Por otra parte, habrán podido darse cuenta de que hay muchos visitantes del espacio, como les llama el locutor, que buscan cirujanos estéticos. Tengo noticias —añadió, mirando intencionadamente a Verdim—, de que es posible un injerto de piel en su rostro. ¿Qué más aliciente puede presentársele a un procyniano que cambiar para siempre sus facciones por medio de una costosa aunque sencilla operación quirúrgica?

Después de las palabras del joven hubo una pausa de silencio. Fue rota por una carcajada emitida sin rebozo alguno por Affario.

—¡Bien! —exclamó el siriano—. ¡Bien nos la han jugado ustedes! Por mi parte, me doy por vencido. Regresaré a mi país y diré que la misión ha fracasado.

—Volverá solo, general, supongo —dijo Donald.

Affario sonrió.

—¿Tengo que hacer de padrino de boda? —Y miró a Dorothy—. Hermanita, si el señor Sherman me pide tu mano tendré que concedérsela.

Donald se golpeó la frente.

—Ahora caigo. Por eso me parecía que su cara era conocida,

general. De modo que usted y Dorothy son hermanos.

—Así es, Donald, y me alegra saber que ella ha encontrado un esposo valeroso y, todo hay que decirlo, astuto como un zorro.

—Ustedes no esperaban jamás un golpe como éste, ¿verdad? —sonrió Donald—. Nunca hay que menospreciar a los terrestres, general. Supe especular con los relatos que me había hecho su hermana del planeta en que vivían y con las ansias de los procynianos de cambiarse definitivamente la piel. Esto era algo que no puede fallar.

Verdim levantó la mano.

—Todo eso está muy bien —dijo—. Estamos derrotados, hay que reconocerlo. Pero ¿qué sucedería si ahora nosotros volviésemos a Procyon y preparásemos una nueva y más poderosa flota de invasión?

—En primer lugar, tenemos sus naves, las cuales, dentro de poco, pasarán a nuestros técnicos para que desentrañen sus misterios. También aquí sabrían construir millares de esos aparatos, una vez conocido el truco. Y, en segundo lugar, es preciso tener en cuenta que se precisan, entre la ida y la vuelta, casi tres años para el viaje a Procyon. ¿Cree usted que no habría tiempo suficiente para prepararnos a rechazar una invasión?

Verdim inclinó la cabeza.

—Es preciso reconocer que la razón está de su parte, Sherman. No lo dije en serio...

—Únicamente quiso hacer un tanteo, ¿verdad? —exclamó Donald. Pero el otro no contestó. Entonces, el joven le preguntó—: ¿Qué ha sido de su general Miles?

Uno de los acompañantes de Verdim se puso en pie de pronto. Tenía en la mano uno de aquellos mortíferos tubitos, con el cual apuntó a la muchacha.

—Miles está aquí, Sherman —dijo el hombre—. Dotty, ven acá o te desintegro.

Affario trató de ponerse en pie, pero Donald lo detuvo con la voz.

—¡Quieto! ¡No se mueva! —Y miró al rufián.

Miles dijo:

—Vamos, Dotty, ven conmigo. Me han derrotado, pero si piensan que voy a marcharme con las manos vacías, están locos.

La muchacha vaciló.

—Obedece, Dotty —le dijo el joven.

Dorothy se puso en pie y cruzó la habitación, encaminándose hacia Miles.

Donald se lamentó amargamente.

—Debí haberlo supuesto. No siendo suyo el rostro que tenía, tenía que haber especulado con la posibilidad de que usted podría ponerse otra máscara de carne sintetizada.

Miles sonrió ferozmente.

—Pensaba que me iría sin vengarme, ¿verdad? Usted me ha derrotado, Sherman, pero no podrá lucirse mucho con su victoria.

El joven miró a Verdim.

—Usted también me ha engañado —se le quejó—. No me advirtió que Miles estaba aquí.

—Todo el tiempo me tuvo bajo la amenaza de su arma, Sherman. Lo siento, no pude hacer otra cosa —contestó el aludido.

Donald volvió a mirar a Miles. Trató de hacer un último esfuerzo.

—No empeore la situación más de lo que está —dijo—. Suelte el tubo, suelte a la chica, y olvidaremos esto, dejándole irse libremente. Haga lo que le decimos; es más por su bien que por el nuestro.

Miles enseñó los dientes, sonriendo perversamente.

—Morirán todos —dijo—. Ahora abriré un boquete en la cúpula y el aire se escapará por el orificio, ¿comprende? Vamos —gruñó, arrastrando a la muchacha hacia la puerta, la cual, como la de todos los habitáculos lunares, era completamente estanca.

Dorothy le miró angustiada. Pero el joven no se atrevía a intervenir, temiendo que Miles precipitase la catástrofe. En su fuero interno buscaba una solución para aquel estado de cosas tan peliagudo.

Miles y Dorothy fueron retrocediendo hasta llegar a la puerta. La cúpula estaba dividida en varios compartimentos, todos ellos estancos si se deseaba, pero la única puerta cerrada en fijo era la de salida al exterior, donde la ausencia de aire era total. La mano de Miles tanteó la cerradura.

Empezó a abrir la puerta. Donald comprendió la intención del criminal. Saldrían por la puerta los dos, dejando una estrecha

ranura por la que asomaría la mano. Entonces dispararía el artefacto, cerrando la puerta antes de que la descompresión pudiese alcanzarles a él y a la muchacha.

Miles lo ejecutó tal como lo había pensado el joven. Salió junto con Dorothy, con cuyo cuerpo se escudaba continuamente, y luego cerró la puerta hasta dejar solamente una rendija. Asomó la mano y la boca del tubo apuntó hacia el techo.

Entonces fue cuando Donald sacó su revólver. Rogó por no fallar el tiro. Sólo se veía ya la mano del criminal.

Gatilló y la detonación resonó estruendosamente bajo la cúpula. Miles soltó un aullido al sentir su mano atravesada por la bala.

Donald respiró ampliamente al ver caer el tubo al suelo. Dio un paso hacia adelante pero, inesperadamente, la puerta se abrió de par en par.

Miles penetró en la estancia, rugiendo como una fiera. Se inclinó, agarrando con la mano izquierda el tubo mortífero. Luego se volvió hacia la muchacha, que le contemplaba como alelada desde la habitación.

Pero no tuvo tiempo de disparar. Donald fue más rápido que él y le descargó encima los cinco tiros restantes de su revólver.

Mientras Miles caía con exasperante lentitud, Donald murmuró:

—Esta vez no te han servido de nada tus trucos; la pólvora ha seguido siendo pólvora.

* * *

Estaban sentados, tomando el sol plácidamente en el promontorio situado frente a la cabaña. La piel de la muchacha había tomado un hermoso color tostado.

—Bien —dijo Donald, tomándola por el talle—, supongo que el nuestro no será el primer matrimonio mixto entre terrestres y sirianos... sobre todo si las sirianas son tan guapas como tú.

Ella le miró amorosamente.

—Las terrestres no tienen nada de feas, Donald —dijo—. Me parece que sentiré muchos celos.

—Tonta —dijo él, acariciándole el mentón—. Demasiado sabes que a partir de ahora sólo habrá una mujer en el Universo para mí: tú, Dotty.

Ella se apretó contra Donald, ronroneando como una gata.

—Cariño —dijo—, qué feliz me haces.

De pronto, el joven soltó una risita.

Dorothy preguntó:

—¿De qué te ríes?

—De ti, querida.

Ella le miró con aire levemente enfurruñado.

—¿Por qué?

—Todavía me acuerdo —Donald meneó la cabeza—, del día en que te presentaste a mí, diciendo que pertenecías al SIE. Decirle eso… ¡a un auténtico agente del Servicio de Inteligencia del Espacio! Tiene gracia.

—Entonces fue cuando sospechaste de mí, ¿verdad?

—Claro. Hubiera sido un tonto de no haberlo hecho. Lo que más me intrigó, sin embargo, fue que tú, una siriana, trabajases para los procynianos.

—Supiste enseguida que yo no pertenecía a su raza. ¿Por qué? ¿En qué me traicioné?

—Los ojos. La máscara es perfecta, pero las pupilas apenas se mueven; permanecen fijas casi de continuo.

—Es cierto. Estuve durante cinco años casi haciendo de agente para nosotros en el supuesto SIE de Miles.

—Se necesita valor para ello —declaró el joven estremeciéndose —. Yo no sé si hubiera sabido desempeñar ese papel.

—Tuviste otro cometido muy distinto, pero mucho más esencial. Supiste derrotarnos a todos con un truco de mala ley —declaró ella, no sin cierto enfado.

—En la guerra y en el amor… —dijo él con sorna—. En lo sucesivo, si queréis dominarnos, tendrá que ser a base de enviar chicas guapas como tú.

—Yo sólo te quiero dominarte a ti —dijo ella, besándole.

—En eso no te diferencias de una mujer terrestre —contestó Donald, suspirando—. Pensaba que serías distinta, pero me equivoqué.

Dorothy se echó a reír. Luego preguntó:

—¿Cómo tú, siendo agente del SIE, tenías esta cabaña aquí?

—Verás —contestó él pensativamente—, hacía ya tiempo que habíamos recibido informaciones sobre «platillos volantes». En realidad, esas informaciones habían ido llegando a la Jefatura del SIE desde hace muchos años, y sabíamos que la mayoría de los

aparatos entrevistos lo habían sido por esta zona. En vista de ello, se me encargó vigilar a mí los alrededores... especialmente, después de que, a instigación de mis jefes, hube publicado aquel artículo en el «Eldon Courrier». Esto fue el cebo para que uno u otro acudiese.

—Pero Verdim me vio y no me reconoció —objetó ella.

—Sabía que trabajabas para ellos y supuso, en cierto modo acertadamente, que yo me inclinaría hacia el lado más agradable, es decir, tú. Lo cual equivalía a inclinarme hacia ellos también, ¿comprendes?

Ella asintió.

—Sí. A pesar de todo, Miles quiso matarte.

—Registró la cabaña y encontró el transmisor. Entonces supo que yo era, realmente, un agente del SIE. ¿Comprendes lo que suponía para él tener dentro de una organización tan cuidadosamente planeada a lo largo de veinte años a un agente del auténtico Servicio de Inteligencia? Tenía que despacharme y hacerlo, además, con cierta justificación, pues, lo mismo que tu hermano, tenía órdenes de efectuar la aproximación hacia los terrestres, con el máximo de seguridades posibles. No podían llegar a la Tierra matando gente, ¿comprendes? A menos, naturalmente, que hubiese una causa muy justificada para ello.

—Ahora ya lo entiendo —dijo ella, echándole los brazos al cuello. Le miró fijamente, con los labios entreabiertos—. Donald.

—¿Qué?

—Llévame a la cabaña, ¿quieres? Tengo ganas de comer truchas fritas.

—Con mucho gusto —respondió él, alzándola en brazos.

FIN